

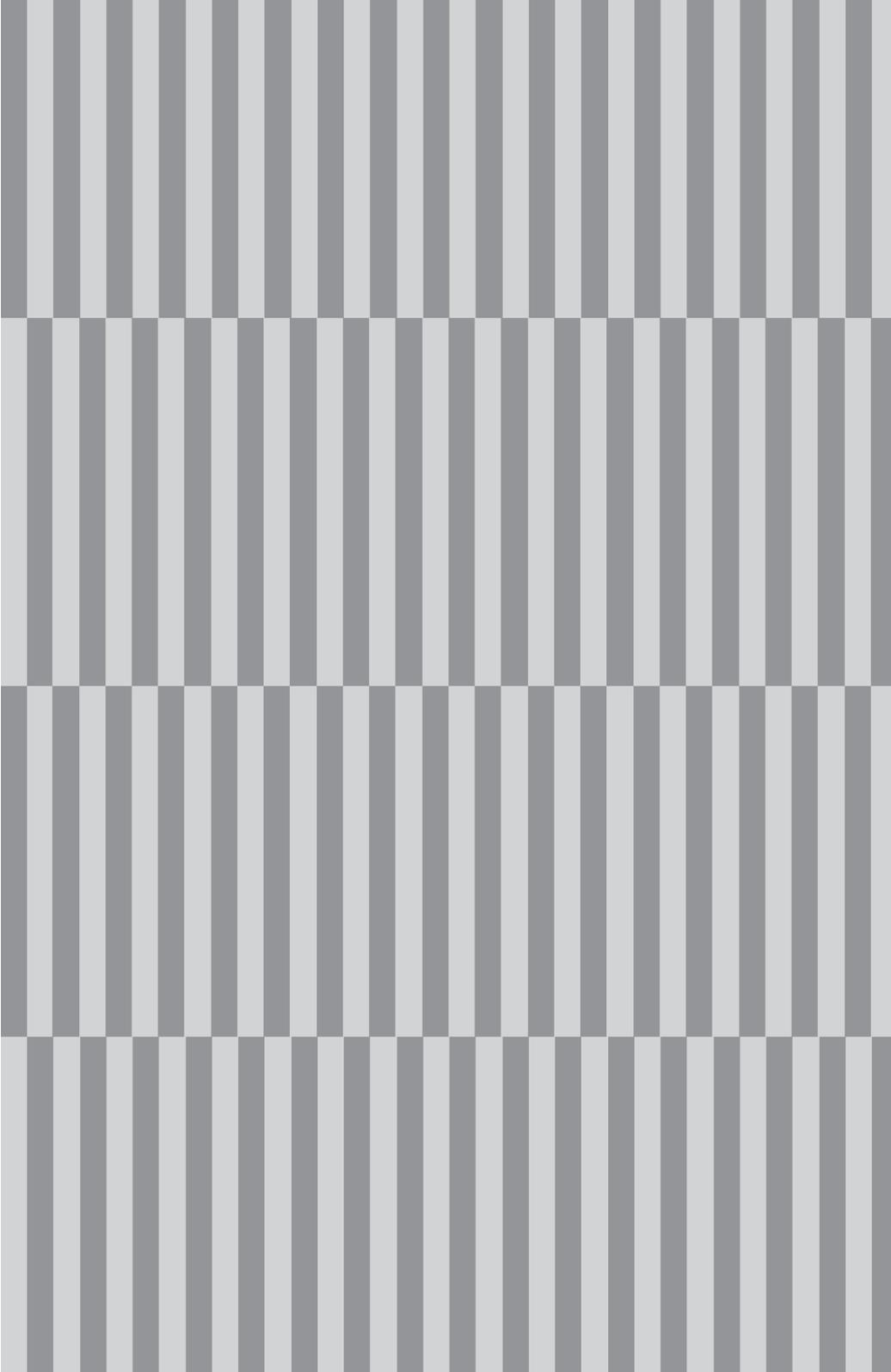
Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances

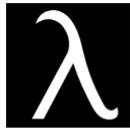
**Mircea
Cărtărescu**

2022



**PREMIO FIL DE
LITERATURA**
EN LENGUAS ROMANCES





Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

■ **Mircea Cărtărescu**
2022



Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Dulce María Zúñiga
**Dirección de la Asociación Civil
del Premio FIL de Literatura
en Lenguas Romances**

Raúl Padilla López
**Presidencia de la Feria Internacional
del Libro de Guadalajara**

Marisol Schulz Manaut
**Dirección de la Feria Internacional
del Libro de Guadalajara**

César Antonio Barba Delgadillo
**Dirección General del Sistema
de Educación Media Superior**

María del Socorro Pérez Alcalá
**Secretaría Académica del Sistema
de Educación Media Superior**

Lilia Mendoza Roaf
**Coordinación de Difusión y Extensión
del Sistema de Educación Media Superior**

Luis Gustavo Padilla Montes
**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

Missael Robles Robles
**Coordinación de Entidades Productivas para
la Generación de Recursos Complementarios**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición electrónica, 2022

Textos

© Mircea Cărtărescu
Dulce María Zúñiga Chávez
Claudina Domingo Hernández
Adán Meza Álvarez

Traducción

© Dulce María Zúñiga Chávez
Erandi Barbosa Garibay
María Ángeles Ochoa de Eribe Urdinguio

Ilustración

© Jorge Javier Salazar Zepeda (Jors)

D.R. © 2022, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

ISBN 978-607-571-674-9

Octubre de 2022

Edición digital

Libros en Demanda S. de R. L. de C.V.
Periférico norte núm. 940, Lomas de Zapopan
45130 Zapopan, Jalisco

Coordinación editorial
Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño
Paola Vázquez Murillo

Cuidado editorial
Martín Eduardo Martínez Granados
Erandi Barbosa Garibay

Diagramación

María del Carmen Vázquez Murillo

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

**Mircea
Cărtărescu**

2022



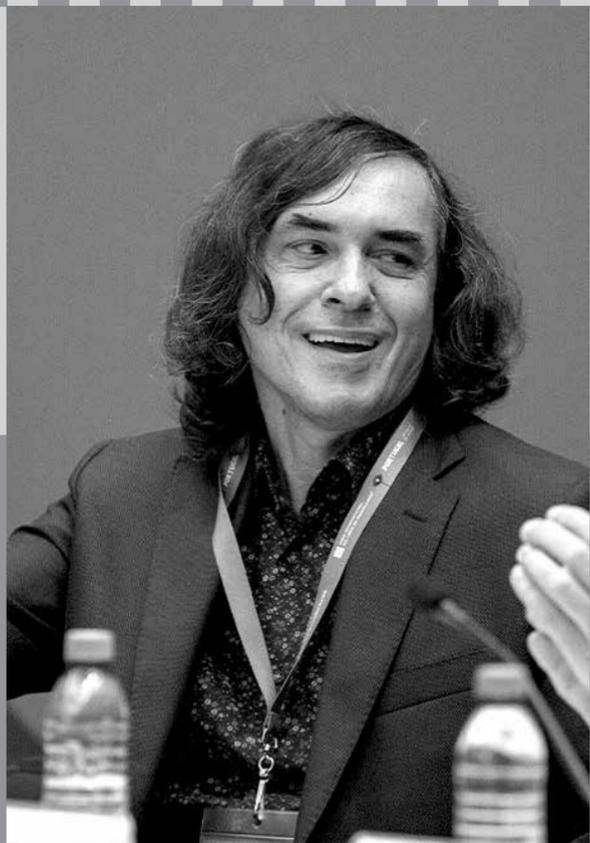
PREMIO FIL DE
LITERATURA
EN LENGUAS ROMANCES





Índice

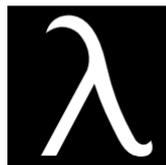
- 9 Premio FIL de Literatura
en Lenguas Romances
- 13 Mircea Cărtărescu
- 15 La poesía es sinónimo
de libertad
Dulce María Zúñiga
- 21 En el reino de *orama*:
Solenoides
Claudina Domingo
- 26 Mircea Cărtărescu:
trascendencia del hombre
a través de la literatura
Adán Meza Álvarez
- 35 Cinco relatos bíblicos
- 51 Danubio
- 81 Autores



Fotografía: Bernardo de Niz



Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances



El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances nació de la necesidad de contar en América Latina con un premio de primer nivel, equiparable a los grandes premios internacionales. Doce instituciones mexicanas, agrupadas bajo la forma jurídica de asociación civil no lucrativa, se propusieron otorgar anualmente un reconocimiento semejante en su calidad, monto y prestigio a los galardones más importantes del mundo literario.

El premio pretende brindar el mayor reconocimiento a los escritores cuya lengua de expresión artística sea alguna de las lenguas romances.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances consiste en 150 mil dólares, y se otorga al conjunto de una obra de creación en cualquier género literario: poesía, novela, dramaturgia, cuento o ensayo.

Un jurado de siete destacados intelectuales de las letras, que representan diversas nacionalidades, avala y garantiza la seriedad del premio.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances se entrega una vez al año la última semana del mes de noviembre, teniendo como marco la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la que asisten editores, libreros, críticos y escritores.

La Asociación Civil Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances fue fundada por las siguientes instituciones:

- Secretaría de Cultura del Gobierno Federal
- Universidad de Guadalajara
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Petróleos Mexicanos
- Productora e Importadora de Papel, S. A. de C. V.
- Banco Nacional de Comercio, S. N. C.
- Banco Nacional de Comercio Exterior, S. N. C.
- Banca Promex, S. N. C.
- Ayuntamiento de Guadalajara
- Lotería Nacional para la Asistencia Pública
- Fondo de Cultura Económica
- Banco Nacional de México, S. N. C.



Los días 2 y 3 de septiembre de 2022, el jurado calificador de la 32ª edición del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, correspondiente al año 2022, mantuvo varias reuniones con el propósito de llegar a un veredicto. El jurado estuvo integrado por Lorena Amaro Castro de Chile, Marco Belpoliti de Italia, Javier Guerrero de Venezuela, Maria Eunice Moreira de Brasil, Oana Sabo de Rumanía, Antonio Sáez Delgado de España y Laura Scarabelli de Italia. Una vez examinadas las candidaturas que se presentaron, el 3 de septiembre del año en curso el jurado decidió conceder por mayoría el galardón al escritor rumano

MIRCEA CĂRTĂRESCU

por su prosa imaginativa y desbordante que combina elementos fantásticos y realistas, ficciones especulares que indagan en la construcción de la identidad desde un espacio liminal y periférico en el paisaje europeo. Poeta, ensayista y narrador, Cărtărescu es un escritor multifacético de estilo maximalista que se inserta plenamente en la tradición de la literatura mundial, interpellando desde lo onírico y existencial a sus lectoras y lectores en todo el mundo. De su obra destacan: *El levante* (1990), *Nostalgia* (1993), su trilogía *Cegador* (1996), *Zen, diario* (2011) y *Solenoide* (2015).


Lorena Amaro Castro


Marco Belpoliti


Javier Guerrero


Maria Eunice Moreira


Oana Sabo


Antonio Sáez Delgado


Laura Scarabelli

IAL DEL LIBRO JARA

Fotografía: Natalia Fregoso



Mircea Cărtărescu

Mircea Cărtărescu nació el 1 de junio de 1956 en Bucarest. Es poeta, novelista, crítico literario y periodista, miembro de la Unión de Escritores Rumanos, PEN Rumania y el Parlamento Cultural Europeo. Hasta ahora ha publicado más de treinta libros, así como un gran número de artículos, y su obra ha sido traducida a más de 25 lenguas.

Actualmente es profesor en el Departamento de Literatura Rumana de la Universidad de Bucarest. Es doctor *Honoris Causa* por las universidades rumanas de Cluj, Bacău y Constanza, y por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en Santander, España.

Ha ganado los más importantes premios literarios de Rumania y varios internacionales:

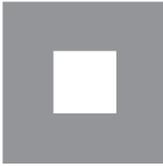
- Premio ProzArt, Macedonia, 2020
- Premio Transfuge, Francia, 2019
- Premio Millepages, Francia, 2019
- Premio Thomas Mann, Alemania, 2018
- Premio Formentor de las Letras, España, 2018
- Premio Gregor von Rezzori, Italia, 2016
- Premio Austriaco de Literatura Europea, Austria, 2015
- Premio del Libro de Leipzig al Entendimiento Europeo, Alemania, 2015
- Premio Tormenta en un Vaso, España, 2014

- Premio Euskadi de Plata, España, 2014
- Premio Berlin de Literature, Alemania, 2012
- Gran Premio de Poesía, Serbia, 2013
- Premio Internacional de Literatura, Alemania, 2012
- Premio Spycher-Leuk, Suiza, 2013
- Gran Premio Vilenica, Eslovenia, 2011
- Premio Giuseppe Acerbi, Italy, 2005

También ha sido finalista del Premio Strega Europeo en 2017, Premio Médicis Extranjero en 2019 y Premio Princesa de Asturias en 2021.

Obras más destacadas

- *Faruri, vitrine, fotografii (Luces, escaparates, fotografías)* - poemas
- *Poeme de amor (Poemas de amor)* - poemas
- *Totul (Todo)* - poemas
- *Dragostea (Amor)* - poemas
- *Nostalgia (Nostalgia)* - cuentos
- *Levantul (El Levante)* - poema épico
- *Travesti (Lulu)* - novela
- *Orbitor vol. I, II y III (El ala izquierda. Cegador, I; El cuerpo. Cegador, II; El ala derecha. Cegador, III)* - trilogía novelística
- *Postmodernismul românesc (El posmodernismo rumano)* - estudio crítico
- *Enciclopedia zmeilor (La enciclopedia de los dragones)* - novela
- *Solenoid (Solenoides)* - novela
- *Melancolia (Melancolía)* - cuentos



La poesía es sinónimo de libertad

Dulce María Zúñiga

El nombre de Mircea Cărtărescu se suma al de los 32 escritores que han ganado el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances desde 1991, año en que lo recibió el poeta chileno Nicanor Parra. ¿Cuál es su impresión, qué piensa?

Estoy extremadamente feliz de recibir el famoso Premio FIL, uno de los más importantes premios literarios en el mundo. Estoy orgulloso de descubrirme como parte de una lista que incluye algunos de los grandes escritores que conozco: Nicanor Parra, Juan Goytisolo, António Lobo Antunes, Claudio Magris, Enrique Vila-Matas, Emmanuel Carrère, Yves Bonnefoy y muchos otros. Este otoño estaré por tercera vez en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, lo cual es una oportunidad para encontrarme con gente que admiro y disfrutar la belleza del mundo de los libros. ¡No puedo esperar para estar en México otra vez!

Antes de este Premio, ¿había tenido algún encuentro con la cultura de México, con sus escritores?

Por supuesto. Siempre me han fascinado las culturas antiguas de México, así como su historia más reciente. Siempre me han gustado los grandes pintores mexicanos como Siqueiros, Diego Rivera, Leonora Carrington y Orozco. Y,

por supuesto, admiro mucho el universo surrealista de Frida Kahlo, su símbolo nacional. Hace algunos años tuve la oportunidad de visitar su famosa Casa Azul en la Ciudad de México, fue una gran experiencia para mí. En cuanto a los escritores, durante mi adolescencia leí algunas novelas de Carlos Fuentes, como *Terra Nostra*, quedé impresionado con su tremenda imaginación y su estilo barroco. También admiro la única e inolvidable novela de Juan Rulfo, *Pedro Páramo*.

¿Podría comentarme cómo se inició en la escritura literaria? ¿Cuándo se percató de su vocación de escritor?

Antes de convertirme en escritor fui siempre un gran lector. Leer era la gran pasión de mi vida. No leía solamente literatura, sino todo lo que me encontraba, desde ciencia hasta filosofía, y desde matemáticas hasta historia del arte. Debido a que solía leer muchísimo cuando era niño, sentí la necesidad de escribir poemas e historias yo mismo. Cuando tenía diez años ya estaba seguro de que quería ser escritor. En la década siguiente simplemente seguí mi deseo de escribir, lo cual es, incluso hoy, el motor de mi vida. Yo no escribo para publicar libros, sino para comprenderme a mí mismo y mis relaciones con la realidad que me rodea. Incluso ahora escribo, sobre todo, para mí mismo, escribo mi diario, por ejemplo, y solo si me agrada lo que escribí le paso mis cuadernos al editor.

¿Cuáles fueron sus primeras lecturas? ¿Qué libro o libros son los que más lo han marcado?

Leí tantos libros durante mi infancia y adolescencia que es difícil para mí elegir un par de ejemplos. En realidad, leí todo lo que estuvo a mi alcance. Mis papás eran traba-

jadores pobres, no podían comprar muchos libros, por lo que visitaba la biblioteca de nuestro barrio para tener algo para leer. Cuando tenía quince años ya había leído todos los libros de aquella pequeña biblioteca (aproximadamente 400). Entre ellos *El conde de Montecristo*, *Winnetou*, *Los tres mosqueteros*, *¡Todas las velas arriba!* (*Toate pânzele sus!*, un libro muy famoso escrito por un autor rumano, Radu Tudoran), pero también *Don Quijote*, las novelas de Dostoyevski, algunas novelas de Balzac, otras de Dickens, e incluso escritores más modernos como Virginia Woolf y Vladimir Nabokov. Esa pequeña biblioteca fue un tesoro para mí en tiempos de pobreza y dictadura. Después fui a la universidad y enriquecí mis conocimientos sobre literatura. Fue entonces que leí los libros esenciales de Thomas Mann, Joyce, Kafka, o Musil, que fueron junto con Faulkner, Borges, y García Márquez, las influencias más importantes en mi propia escritura.

¿Qué piensa de las influencias en su obra de ficción?

Nadie puede ser completamente nuevo y único. Todos los escritores le deben mucho a los escritores previos. Lo importante es tener buenos modelos, influencias benéficas. Además de los escritores que acabo de mencionar, Sábato me importa mucho con su fantástica obra, *Sobre héroes y tumbas*. También tengo modelos importantes en poesía, como Rilke, T.S. Eliot, Ezra Pound, y el enorme poeta rumano, Nichita Stănescu.

El jurado del Premio FIL ha señalado que usted es “un escritor multifacético de estilo maximalista que se inserta plenamente en la tradición de la literatura mundial, interpelando a sus lectoras y lectores en todo el mundo

desde lo onírico y existencial”. ¿Qué tan primordial es el mundo de los sueños en su proceso creativo?

Nuestra vida consiste no solo en lo que llamamos “realidad”, o “la vida día a día”, sino que también implica profundos y oscuros procesos, traumas, neurosis, alucinaciones, ensoñaciones y, por supuesto, el enigmático reino de los sueños. A pesar de eso, no me considero un escritor “onírico”. Para mí, sueño y realidad no están separados, sino que fluyen juntos en las dos caras de una cinta de Moebius. Los sueños son reales y la realidad es un sueño. Ambos son productos muy sofisticados de nuestras mentes. Así que cuando escribo un libro no hago distinción entre ambos. Un autor o autora de literatura fantástica debe ser muy realista, de otro modo nadie creará sus maravillas. Mientras más “fantástico” eres, más convincente debes ser. Cuando soñamos, en las noches, nuestra mente se convierte en escritor: inventa historias, personajes, crea diálogos y descripciones, etcétera. Y su realidad inventada parece, a veces, más interesante y más importante que nuestras experiencias cotidianas cuando estamos despiertos. Por lo tanto, muchos autores imitan los estados de ensueño en sus libros.

¿Cree que los escritores tienen la capacidad de hablar sobre los sucesos de la vida cotidiana de una manera diferente a la de los historiadores, sociólogos o periodistas? ¿Por qué?

Un escritor no es un historiador, incluso si escribe novelas históricas. El enfoque es diferente, lo que importa en una novela no es la precisión de los detalles, sino la visión y las habilidades del autor. La historia es una ciencia, bastante indiferente a la naturaleza y el destino humanos, mientras que la literatura indaga en el corazón de los personajes. Es

lo mismo con las otras ciencias humanas: la literatura puede incluir historia, psicología y sociología, pero deben estar vestidas con atuendo literario. La literatura no es apta para expresar de manera directa las ideas políticas, la ideología, la propaganda, etcétera. Es posible desarrollar tus ideas políticas de mucho mejor manera en artículos que en novelas o poemas, los cuales deben ser trabajos de elaboración artística, no directamente militantes.

¿Cuál es la diferencia entre escritura de comunicación cotidiana y escritura poética?

El lenguaje poético se vale de palabras, frases, sintaxis y significados con el fin de producir una reacción emocional en el lector, como placer, alegría, asombro, o miedo, inquietud, tristeza. Es un lenguaje subjetivo, capaz de evocar memorias cargadas de sentimientos. El lenguaje coloquial es, por el contrario, más pragmático, una herramienta para la comunicación directa entre las personas, además de otras funciones. Sin embargo, cualquier lenguaje es apto para la poesía si es usado por un poeta de verdad.

¿Cree que la literatura de fantasía es pertinente y necesaria en el mundo actual, amenazado de diversas maneras?

El viejo dicho “Cuando las armas hablan, las musas callan” es erróneo. Es sobre todo en tiempos complejos y problemáticos cuando la literatura debe hacer escuchar su voz, pues la poesía es sinónimo de libertad. La gente necesita ser animada y aliviada por sus artistas cuando no pueden encontrar esperanza en otros lugares. La poesía es importante durante las dictaduras, porque el poeta siempre ha sido un rebelde, peleando en contra de cualquier sociedad opresora. Yo mismo escribí mi mejor poesía en los años

ochenta, cuando el terrible dictador Ceausescu estaba en el poder. Y pude sentir que mi voz importaba, que la gente se entusiasmaba al leer mis poemas en aquellos tiempos de hambre y desesperación.

¿Qué importancia le adjudica a la educación universitaria? ¿Cuál es su importancia para el desarrollo social?

La educación es lo más importante para cualquier sociedad. Hay una reciprocidad evidente entre el nivel académico de una comunidad y su grado de civilización y bienestar. La gente educada está más determinada a hacer la vida mejor para todos. Desafortunadamente, actualmente contribuimos al fracaso de la educación en todo el mundo. Mucha gente de las nuevas generaciones lee cada vez menos, familiarizándose más con las pantallas que con los libros. Leer menos implica un saber simple, y ser menos complejo como ser humano, quiere decir ser más vulnerable a la propaganda, o a las *fake news*, o al racismo, o al sexismo, y a otras ideas fascistas. La educación es la solución a la mayoría de los problemas humanos que sufrimos actualmente en todo el mundo.

¿Tiene algún mensaje para los estudiantes de la Universidad de Guadalajara?

Sean ustedes mismos. Sigán su corazón. No se dejen corromper por el dinero, el poder, la gloria, ni por cualquier otra cosa parecida. Tienen una sola vida. ¡Sean cuidadosos con lo que hacen de ella!





En el reino de *orama*:

Solenoide

Claudina Domingo

La novela *Solenoide* (Impedimenta, 2017) de Mircea Cărtărescu se puede leer como un ensayo narrativo en torno de la literatura fantástica y la poesía moderna lírica —el personaje principal que habla en primera persona se encuentra, único y solitario, enmarañado en bellas visiones que lo atormentan—, pero también como una autobiografía improbable.

Esta lectura de autobiografía desmesurada es la que más me interesa: alrededor de “hechos” que el lector acepta sin mayor problema (el escritor-narrador que da clases en una escuela de educación básica y conoce a una mujer con la que mantiene una relación erótica, mientras intenta recuperar de entre los recuerdos de su infancia algunos misteriosos sucesos, y que anuncia desde el principio que en lugar de intentar escribir una novela relatará lo que ha vivido) se van sobreponiendo, en los 51 capítulos, una serie de “fenómenos” que guardan relación con el sueño y con la alucinación, pero que son percibidos por los sentidos y las emociones del narrador-personaje de manera tan nítida, exuberante y minuciosa que, en algún rincón infantil, el lector comienza a preguntarse qué habría de malo con que en un universo paralelo, desapegado de la conciencia adulta, estos fenómenos pudieran ser reales.

En ese sentido, Cărtărescu escribe una literatura infantil para adultos, por decirlo de alguna manera. El asombro al que apela el autor es uno que no ha sido condenado por la conciencia real del mundo, sino el de la barroca imaginación infantil dispuesta a creer antes que a exigir evidencias. El recurso de la metaficción, en este caso una metaficción fantástica, contribuye al suspenso de la novela como narración: existe la tentación en la lectura de diferenciar lo real de lo imaginario o lo soñado, o de saber “qué le pasa” al personaje-Cărtărescu que ha descubierto un mapa ulterior de su ciudad natal: el mapa formado por los solenoides, uno de los cuales tiene él bajo su cuidado en la enorme casa que ha pedido a sus padres que le compren.

La historia comienza con un hecho improbable narrado en primera persona con una prolijidad descriptiva que termina por revestirlo de verosimilitud: el escritor se retira del ombligo, con el paso de los días, los restos de la sogá para embalar con que le anudaron el cordón umbilical al nacer. Este comienzo es también el *leit-motiv* de la novela: *Solenoides* es el viaje fantástico de un ser hacia su origen; la memoria y la historia son laberintos que ayudan —o no— al principal propósito: entrever el universo, alcanzar el éxtasis del conocimiento (el narrador es un lector voraz) de los mecanismos del alma (no como metáfora sino como realidad física): el engranaje en que los cuerpos se unen con una realidad más vasta y universal que se desliza entre lo que parecieran alucinaciones.

Esta universalidad es la ambición literaria de Cărtărescu: todo es demasiado terrible e inútil si solo ocurre en la vida de un ser. Más todavía, todo es demasiado terrible e inútil si lo que le ocurre a ese ser es portentoso en sus formas pero permanece oculto a la mirada de los demás.

Erudito no solo en el terreno literario, Mircea Cărtărescu contribuye con la historia a la creación imaginística de los solenoides, y desarrolla así la biografía fantástica del muy real Nicolás Vaschide (1874-1907), psicólogo rumano interesado en los sueños y la telepatía a quien le adjudica la creación —quizá también real— de varias mujeres nacidas casi de la nada, cada una más bella que su madre. Pero es el gran interés de Vaschide lo que lo hace merecer su lugar en *Solenoides*, pues como dice Cărtărescu: “Si no existieran los sueños jamás habríamos sabido que tenemos alma. El mundo real, concreto, tangible, sería lo único que existe, el único sueño permitido, y en tanto que único, incapaz de reconocerse a sí mismo como sueño”.

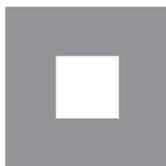
El sueño, por otro lado, tiene su doble o su fantasma en el recuerdo infantil, aquello que como adultos recordamos que ocurrió, pero de lo que no existen evidencias: ni son los recuerdos tangibles de la edad adulta ni nadie nos acompaña en esa historiografía. Así, los recuerdos de infancia que guían y atormentan al narrador son misterios a los que nadie tiene acceso, salvo él; si acaso existen vestigios de evidencia, estos yacen ensombrecidos por la traición del mundo adulto, en especial por la traición de la madre. ¿Qué pasó en el consultorio médico desde el que se veían las estrellas y al que fue llevado el niño con engaños? ¿Qué fue del gemelo, extraviado en la muy temprana infancia? ¿Quién lo observa —y lo elige— a través de una ventana, entre una multitud de niños que suben y bajan por un andamio? En otros momentos, Cărtărescu ha explorado estas obsesiones de la infancia, sobre todo en sus ensayos personales contenidos en *El ojo castaño de nuestro amor*, donde discurre, entre otros temas, sobre su vida civil en la Rumania comunista y el asombroso hermano ex-

traviado. Es en sus relatos, sobre todo en “REM”, donde el autor también vuelca parte de su obsesión onírica: allí también aparecen esqueletos inmensos, que quizá nos recuerden que la humanidad fue alguna vez menos frágil y menos breve. Este amor atormentado por una —diríamos en México raza cósmica, es uno de los rasgos más finos y entrañables de la escritura del rumano y, sobre todo, de *Solenoides*. Los personajes, alucinados, soñados o reales que deambulan por la novela, viven la angustia de saber que salvarse a sí mismos, a su alma individual, representa no solo la salvación de la especie, sino el retorno a un origen que se sospecha inmortal. Por eso hay mujeres y hombres que protestan contra las enfermedades, el dolor y el tiempo en los cementerios; por eso existe el erudito que además de vender la casa con el solenoide al narrador ha encontrado en la civilización de los ácaros un mundo parecido al humano, que también merece un Jesucristo redentor; por eso los niños que “juegan” en la fábrica —y que tienen acceso a arcanos perdidos para la mente adulta— ocultan los secretos que el narrador ha hallado. Esta necesidad de salvar el alma universal en la vida de cada uno lleva al profesor a preguntar a su novia: si una casa se estuviera incendiando y solo pudieras sacar una cosa, ¿qué rescatarías: la obra de arte o al bebé? ¿Y si el bebé fuera Hitler?

Quizá el misterio más grande de *Solenoides* no radica solo en la función de los solenoides (en apariencia únicamente lúdicos), sino en el papel necesario pero transitorio del sufrimiento. Bajo Bucarest, decadente desde su nacimiento, una red viva como un molusco, se alimenta del sufrimiento que tiene lugar en la superficie. Este sufrimiento ha sido necesario, pero no lo será siempre. Cărtărescu es un autor incluso premoderno: tiene esperanzas en la hu-

manidad y las canta sin pudor. Quizá los sueños a los que tiene acceso, como si fuera una pileta siempre rebosante, le indican caminos menos truculentos para la creación pues, como el narrador dice, los sueños, más que visiones, son emociones.





Mircea Cărtărescu: trascendencia del hombre a través de la literatura

Adán Meza Álvarez

*Veo, simplemente, cómo el hecho de escribir
empieza a modificarme como persona.*

Mircea Cărtărescu

Mircea Cărtărescu, poeta, narrador y ensayista nos muestra, a través de su literatura, una visión del mundo apasionada, con estilo creativo, audaz, fresco y de gran emotividad. Considerado por la crítica como el poeta más importante de las últimas décadas en Rumania y uno de los más reconocidos de Europa, su obra e impacto ha dado mucho de qué hablar, prologado y antologado cada vez con mayor frecuencia, trascendiendo fronteras geográficas y lingüísticas.

Su andar por las letras es vasto, su poesía, considerada original, especial, sorprendente, cautivadora, ha sido reconocida con innumerables galardones. En castellano es publicado por la editorial Impedimenta, con la traducción de Marian Ochoa de *Eribe: El ruletista* (2010), *Lulu* (2011), *Nostalgia* (2012), *Las bellas extranjeras* (2013), *El Levante* (2015), *El ojo castaño de nuestro amor* (2016), *Solenioide* (2017) y *El ala izquierda. Cegador, I* (2018), entre otros títulos con los que se ha ganado de manera constante a los lectores más ávidos y conquistado mucho premios en este idioma (*cf.* Hrubaru y Ochoa, 2021).

Marian Ochoa, su traductora al español, nos cuenta en el prólogo del libro *Poesía esencial* (2021) sobre la juventud creativa del poeta, influenciada por el cambio que azotaba Rumania, desde América, a través del mensaje de la Generación Beat, influencia que se puede notar, sobre todo en su obra más temprana. La estética de este movimiento afirma la necesidad de libertad, de superar todas las convenciones sociales preestablecidas, oponiéndose a los modelos dominantes en esa época, creando con esto una conciencia poética nueva.

Estos nuevos aires, libres, son los que permean profundamente en un joven Cărtărescu, quien en “La caída”, que confiesa como su primer texto profesional, quería expresar la conciencia de sí mismo, con una gran ambición deseando develar todo un espacio de posibilidades en el conocimiento, transitando de lo escatológico a lo divino, explorando una suerte de locuras en los diferentes escenarios y posibilidades de la vida (*cf.* Hrubaru y Ochoa, 2021). En la crisis del verso planteó la liberación de la poesía que significó para él sacarla a la calle, con lo que ganó gran reconocimiento.

En una entrevista para la Feria Internacional del Libro de Bogotá (2022), menciona que “la poesía y la infancia es lo mismo. El poeta es alguien capaz de permanecer como un niño durante toda su vida. Ser poeta significa ver la belleza de las cosas, en cualquier objeto, por muy humilde que sea. Todos somos parte de un poema”. (Capital, 23 de abril, 2022). Estas, sus propias palabras, denotan la gran capacidad de asombro que posee; todo artista debe tener la capacidad de asombrarse, de ver más allá de los objetos cotidianos y transformarlos semánticamente en obra, y Cărtărescu lo ha hecho con maestría, pues conjunta este

gran talento —evidente en su obra— con la destreza en el uso del lenguaje, creando fasciantes obras, trascendentes y revolucionarias en pensamiento y lenguaje.

En poemas como “Una motocicleta aparcada bajo las estrellas”, “El amor” o “La caída”, por mencionar algunos, nos regala imágenes fragmentadas, revolucionarias y llenas de contenido, donde cada palabra, ubicada milimétricamente, transmite emociones, sensaciones a las que no somos ajenos, ya que compartimos el origen del idioma, formas de pensamiento, problemas sociales, políticos y culturales.

Su calidad lo llevó al reconocimiento de las letras, primero en su natal Rumania, luego a todo Europa hasta América. Sin embargo, después de su juventud, se dice que abandonó la poesía de forma radical, explícita y conciente (Marqués, 2021).

En su literatura, escrita en rumano, abarca todas las etapas de la vida, con situaciones que no nos son extrañas. ¿Será que la tradición lingüística permea, construye y forja un sentimiento unívoco que nos atañe a todos los hablantes de lenguas romances?

En su juventud, época en la que desarrolló la poesía, cimentó también las primeras narrativas, que expondría más adelante con maestría, llena de los hechos históricos más importantes de su vida y de Rumania. Si bien a veces muy entretrejida entre la noticia social y la historicidad del autor, navega asimismo entre los personajes testigo, lo onírico y la evocación de la infancia, haciéndose sombra entre ellas, como una danza de pasos intrincados que al final nos llevan al asombro. Por ejemplo, en textos como “El ruletista” es imposible no notar algunos guiños a *El jugador* de Dostoievski, quien en su ludopatía muestra una visión

de las emociones del ser humano en situaciones como la carencia, la soledad y la desesperanza.

Aunado a lo anterior, el lector puede notar descripciones sublimes a partir de ideas que normalmente no son consideradas así, como la muerte, como en la frase extraída de “El ruletista”: “permanezco aquí en mi sillón, aterroizado por la idea de que ahí fuera no exista nada más que una noche sólida como un infinito témpano de brea [...]”. Trata también, en sus ficciones, la importancia de la trascendencia a través de las letras, y en ocasiones es difícil elegir entre interpretar al narrador como personaje o como la propia visión del autor respecto de la vida.

En no pocas frases desborda genialidad con el uso de la sintaxis y la semántica casi a capricho, una idea, descripción o anécdota puede ser hábilmente entretejida con la anterior sin perder el hilo en el texto. Su obra es por tanto un cúmulo de matices, a veces muy diferentes entre sí, pero que abonan en todo momento de forma puntual al tono y al ritmo del texto. Es capaz de hacer caer al lector sutilmente en momentos dramáticos de la historia de los que no se va a recuperar después de haberlas leído y lo atraparé de tal manera que no querrá salir de ella, sino por el camino que el propio Cărtărescu ha trazado. Ya en el tobogán textual, el lector pasará en su arrastre por un sentido del humor muy particular, en donde, presa de la tensión, no podrá evitar detenerse en algunas escenas para esbozar una sonrisa, enriqueciendo las sensaciones. Puede generar ambientes completos con solo un par de palabras y con ello lograr que se lleguen a experimentar los olores de la atmósfera creada. Por lapsos el narrador se fusiona con el personaje haciéndose omnipresente para regalar-nos una descripción más profunda de las sensaciones o

pensamientos que ayude a comprender mejor la situación, asumiéndose en el texto como un hombre poderoso, más poderoso que el azar.

Mircea Cărtărescu sabe que los personajes no morirán mientras su mundo sea leído, develando así el deseo más puro del escritor: trascender el tiempo y la realidad. Resulta complicado estar en desacuerdo con Marian Ochoa, su ilustre traductora, cuando se refiere a Cărtărescu como un escritor entrañable, profundo, multifacético; modelo para una generación, que no puede ser imitado, sino del que se puede obtener una poderosa lección de poesía, de escritura.

Un autor que, inserto ya en la tradición literaria mundial, es capaz de invocar desde lo onírico y existencial a sus lectoras y lectores, tal como se lee en el acta del fallo del jurado del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romanes 2022.

Referencias

Capital (23 de abril, 2022). *Escritura, sueños y realidad con Mircea Cărtărescu - FILBo 2022* (entrevista en archivo de video). Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=5zEvdgqQFog>

Cărtărescu, M. (2019). *Nostalgia*. España: Impedimenta.

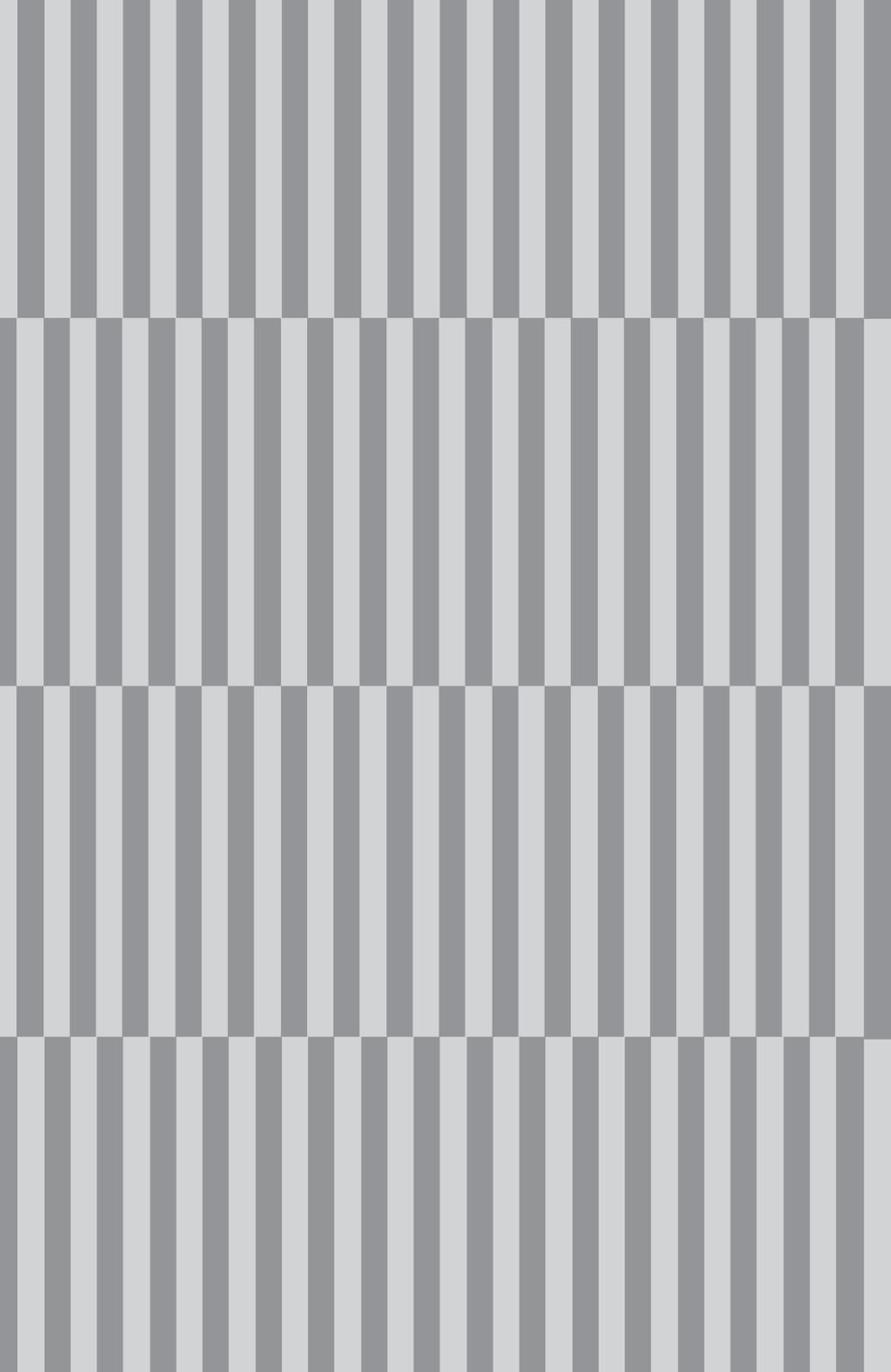
Feria Internacional del Libro de Guadalajara (5 de septiembre, 2022). “Mircea Cărtărescu, Premio FIL de Literatura 2022. Feria Internacional del Libro de Guadalajara”. Recuperado de: <https://www.fil.com.mx/prensa/boletin.asp?ids=1&id=2773>

Hrubaru, E. y Marian Ochoa de Eribe (2021). Prólogo a *Poesía esencial* (1a. ed.). España: Impedimenta. Recuperado

de https://impedimenta.es/wp-content/uploads/POESIA-ESENCIAL_CARTARESCU_primeras-páginas.pdf

Marqués, J. (1 de diciembre, 2021). “Mircea Cărtărescu: ‘No confío en el poeta que no haya escrito nunca un poema de amor’”, en *Letras Libres*. Recuperado de: <https://letraslibres.com/revista/no-confio-en-el-poeta-que-no-haya-escrito-nunca-un-poema-de-amor-entrevista-a-mircea-cartarescu/>

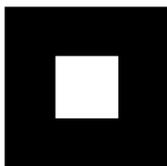




Muestra de obra
Mircea Cărtărescu



Fotografía: Natalia Fregoso



Cinco relatos bíblicos

1

Le quitas las escamas, lo limpias bien y lo abres por la mitad. Le sacas los intestinos, los huevos y la vejiga. Lo limpias de nuevo con agua clara de la fuente. Lo asas en la parrilla y de repente huele bien, y su piel se ennegrece y, cuando está listo, su olor te embriaga y se te hace la boca agua. Lo retiras de la parrilla y lo pones en un cuenco de madera, añades sal y cubres el lomo con ajiaceite. Separas su carne blanca de las espinas, la amontonas con los dedos húmedos y te la llevas a la boca, con un trozo de pan, partido también con los dedos, y el pan se humedece y alguna espina larga y fina se pega a la corteza. Tu barba y tus bigotes huelen a pescado asado, también tu piel huele a pescado, porque al fin y al cabo has llenado cestos de pescado desde que tienes uso de razón. Has vivido tanto tiempo entre peces, que por la noche sueñas con peces, y cuando conoces a tu mujer en medio de la noche, le metes también un pez crudo, vivo y resbaladizo, en su raja que huele a pescado. Los pescadores son peces y sus mujeres son pececitas.

Tres veces lo atrapaste y tres veces lo arrojaste de nuevo al agua turbia. El pez grande, lleno de huevas, rodeado por un nimbo grasiento. Ese que te pescó en tu vida anodina,

que te retorció y te convirtió de pescador de peces en pescador de hombres. Durante tres años pescaste hombres, ladrones y pecadores, hasta que la nasa se te rompió por culpa del peso. Los pescadores siempre han pescado en el agua. Él te enseñó a pescar en el cielo.

Tras el ajetreo y el furor de esos tres años regresaste a las redes, ¿qué otra cosa podías hacer? La boca pide comida y el cuerpo pide ropa. Los lirios del campo y los pájaros del cielo no necesitan nada, los alimenta el cielo con su maná. Pero el hombre no vive de cualquier palabra que brota de la boca de Dios. Ha sido un sueño, te dijiste, ahora estás despierto. Solo los locos se paran a pensar qué significará eso de soñar con gente resucitada de entre los muertos o que camina sobre las aguas. La vida sigue adelante, el mar de Galilea está ahí, con sus aguas turbias, y la barca de Alfeo es la misma, un poco más corroída ahora por el moho y por el paso del tiempo. Y tus hermanos lanzan las redes de nuevo, ¿qué otra cosa pueden hacer? La vida al sol y al viento es buena, el pescado asado es bueno, el vino es bueno, es bueno estar vivo. Ojalá llegara también el olvido.

En el cuenco de madera, un pescado se ha convertido en dos. Desprendes suavemente la espina central con sus espinitas flexibles y su cabeza seca, la colocas en el borde del recipiente y luego separas la carne blanca, tierna y con unas bandas más oscuras, de la piel. La engullas con el pan en el que se distinguen granos de trigo enteros. Te aclaras la garganta con vino agrio y dulce. Los comensales están contentos, cantan y gritan. Estallan de repente en carcajadas incontenibles. Las mujeres os esperan entre las sábanas, noche tras noche, con su agujero de debajo del vientre que huele a pescado. Sois hijos de las aguas, el cielo no es para vosotros.

Pero en lugar del olvido llega un forastero. Se acerca a la barcaza como si os conociera y os pide un pescado. Parece hambriento, de huesos frágiles. Se lo daríais, porque también a vosotros se os dio, pero no habéis capturado nada en toda la noche. Los peces se han agrupado en el fondo del lago. Su emperador les dice qué tienen que hacer, cuándo deben salir y cuándo quedarse escondidos. Pero mira, aquí hay uno más grande que el emperador de los peces.

Pues el forastero ordena: “¡Echad las redes!”. Y vosotros le hacéis caso sin saber por qué. Tal vez las reminiscencias del sueño floten todavía sobre vosotros. Y las redes salen de nuevo rebosantes de peces, peces que huelen a peces, peces de ojos saltones, que abren unas bocas de labios duros y agitan inútilmente la cola. Peces forcejeando en un ovillo sucio. Los contáis, son ciento cincuenta y dos peces y el forastero frunce el ceño. Deberían ser ciento cincuenta y tres, como se dice en el Libro. El forastero os pide el pez que falta, el único que puede calmar su hambre. Por él deja el pescador a todos los demás y lanza la red de nuevo. Lo contempláis impotentes. Es como si no hubierais capturado ningún pez.

Entonces os sacudió el miedo y el temblor. “¡Es el Señor!”, gritaste. Pero no te desnudaste para lanzarte al agua. Tampoco tus hermanos dieron un paso adelante. “¡Ya no queremos ser los elegidos!”, os dijisteis ahí, en el puente de la barca de Alfeo. ¡Queremos recuperar nuestras vidas anodinas, queremos a nuestras esposas que huelen a pescado, queremos los amaneceres que se vierten sobre el Genesaret, no el del libro, sino el mar de verdad, el que no te sostiene si quieres caminar sobre sus aguas! Queremos reír y cantar en nuestros banquetes bebiendo vino y comiendo

pescado asado. Queremos llegar a ser pescadores viejos y que nos entierren más adelante los pescadores jóvenes. Tres años de tormento han sido más que suficientes. ¡Señor, elige a otros! ¡A nosotros arrójanos de nuevo al agua!

Luego os quedasteis solos, pues Él ascendió en un remolino de viento y polvo. Cantasteis y disfrutasteis el resto de vuestra vida. Os enterraron los pescadores más jóvenes y vuestros hechos se convirtieron en un relato. Pero el pez, el único que faltaba en la red, el fruto jamás traído, lo has buscado cada amanecer, en la orilla del mar de Galilea, agachándote para mirar en las profundidades de las aguas. Tu rostro barbudo, tus ojos tristes te respondían entonces desde las olas. El pez que falta, el alimento de olor agradable al Señor.

Salpicabas luego, con los dedos, tu rostro en el rostro del agua.

2

A caballo, en burrito, en camello, en buey e incluso en carnero, cuando eras un niño, hasta que te pisoteó el carnero y a punto estuvo de matarte. Pero ya entonces todos los pelillos de tu cabeza estaban numerados. Pues tú tenías que convertirte en una gran estirpe. Ya entonces los tenías a todos en tu vientre, como el cedro más tupido se encuentra ya en la pequeña semilla. Siempre en bestias de tiro, por caminos de tierra roja, que se alargan y se separan sobre el pergamino del desierto. Siempre errante por ciudades de adobe, cada una con su emperador y sus carros de lucha.

Siempre con ella encaramada a tu espalda. Siempre rozando tu espinazo con su rostro, con su cabello, con sus pechos. La mujer cuyo bello rostro te ponía en peligro.

Siempre su perfume a vuestro paso, mezclándose con su cabello y con el polvo que levantan las pezuñas. Siempre huyendo de la presencia de las gentes del desierto, atraídas desde lejos por el aroma de sus caderas. Viajabais sobre todo de noche, bajo la cadera perfumada de la luna, aplastando con las pezuñas los escorpiones y las serpientes del desierto.

Tu vida, con las ovejas y los carneros, con los robles solitarios y los ángeles hambrientos a su sombra, con ese Dios extraño, sin rostro, que te eligió para ser el padre de muchos. Como las estrellas del cielo, como los rastros de los caminos. Perdido en las profundidades del tiempo, bajo los tiempos, como la semilla perdida en la tierra. Ya entonces pasado y antepasado de todos. Y luego Sara, Sara hecha de aire, con su bello rostro, con su cadera redondeada. Sara de aire y de agua que flota eternamente sobre tu espalda, con el trote suave del animal de tiro. Esposa en el desierto, junto a la hoguera, en los descansos nocturnos, confiando en que el niño prenda en cada coyunda, pero estéril, inservible a ojos de la gente. Hermana en las ciudades, por miedo a los hombres desconocidos, atraídos desde lugares remotos por su perfume de mujer. Pero para ti la mentira y la verdad rugían juntas en sus pechos de aire y agua, porque era solo tu hermana a medias, pues era hija de tu padre, pero no de tu madre, y esposa también a medias, pues no te daba hijos, como es el deber y la virtud de las esposas.

A lomos de mulos, de camellos manchados de barro, de vacas gordas y flacas. En caminos rojos como las manchas de sangre que se escurren en el polvo, pues la vida de cada criatura está en su sangre. Bajo nubes más rojas que el polvo del desierto, bajo higueras secas y negras como el alquitrán. Entre espinos y zarzas. Entre ruinas con búhos, profetas y

murciélagos. Y de repente un país donde manan la leche y la miel, y otro donde manan el fuego y el azufre. Todos dibujados a pluma sobre el pergamino del desierto.

El faraón vio a Sara y la deseó en lo más profundo de su corazón. Y Sara flotaba sobre tu espalda, pechos de agua, caderas de aire, labios iluminados y labios oscuros. Tu mitad estéril, pero de rostro hermoso, como engaña la luna con su rostro que no da luz. Es tan solo mi hermana, le dijiste, y el faraón la tomó como amante, la condujo a su palacio y Sara se abrió de piernas bajo el faraón. Y tú pasaste noches y noches en una choza, junto al fuego, bajo la cadera de la luna, sin esperanza de volver a verla jamás.

¡Oh, mi hermana por parte de padre, mi mujer por parte de la luna! ¡Culmina tu danza en el lecho del faraón! ¡Grita de alegría bajo el vientre del faraón, pues eso no quiere decir nada! Porque no serás mía ni suya jamás. En ti vive un ave nunca acariciada. Sus plumas están limpias y su alto vuelo es firme. Tú estás en mi pensamiento como está el pájaro en tu corazón: intacto, incólume. Un rostro hermoso, un cuerpo de agua y aire. Un vuelo jamás lastreado por la carne, la simiente y la sangre. ¡Eres algo más que tu cuerpo, Sara! Yo he visto el faisán a través de tu carne transparente y ya tengo suficiente. El faraón no lo ve y sus manos no lo alcanzan por mucho que estruje tus pechos, y su miembro no lo puede tocar, y no te conoce y no te posee. Eres viento y agua en sus brazos.

Y el faraón lanzó un grito una vez con Sara en su lecho, pero no vio el faisán. Lo vio Dios, que volaba muy alto. Mitad pájaro, mitad mujer, mitad hermana, mitad luna. Un perfume aceitoso que atrae a los beduinos de desierto, elevados de repente a los cielos desde las monturas de los caballos y las albardas de los camellos. Miles de hombres

vestidos de blanco volando a los cielos en pos de esa hada traslúcida, formando las plumas de su cola. Y entonces las grandes plagas se abatieron sobre Egipto, y unos gritos terribles se escucharon en las chozas y en los palacios de los ricos, pues la estéril lanzó su maldición sobre el país del faraón y las mujeres de los egipcios se volvieron yermas y sus primogénitos murieron. Y el faraón tuvo un sueño en el que el faisán le decía: déjame regresar con el que me ve.

¡Oh, hermana de mis hombros, esposa de mis caderas! Estás de nuevo en mi caballo, a mi espalda. Tus pechos de viento, que no han mancillado las manos de un hombre, tocan de nuevo mi espalda. No te pregunto nada y no me dices nada. Mi dolor no se puede expresar en palabras, solo en una canción. Seguimos nuestro camino infinito y el pergamino del desierto cruje bajo las pezuñas, y cuando cae la noche el sol se cubre con la luna para no tener frío, se envuelve por completo en ella. Y cuando hacemos un alto, en una cabaña, bailas tu danza y gritas bajo mi vientre como si no hubiera sucedido nada, y no sucedió nada, y eres inmaculada. Solo cuando veo que te quedas dormida, canto en voz queda en el silencio de la noche.

3

Soy barata, cuesta mucho más una jarrita de vino. Espero en la callejuela, debajo de la higuera, sentada con las piernas cruzadas y con mis cabellos más largos que yo cubriéndome el rostro. En una ocasión los hijos del cielo vieron desde sus nubes las melenas de las hijas de la tierra. Así extendemos nosotras las velas, como las arañas entre las ramas. Se enredaron en sus cabellos, revoloteando con un ala, y ellas sorbieron la gota de oro de sus cuerpos.

Soy muda, sorda y ciega, agacho la cabeza y el cabello cubre mi rostro. Me sobresalto tan solo cuando siento las dos monedas que caen en mi regazo. Tocan a través de la ropa mi flor negra. Es todo lo que tengo, todo lo que soy para ellos. Una herida en carne viva en un matorral oscuro. Una herida que no se cierra, pues cada día se clavan en ella sables, lanzas, cuchillos, punzones. Me incorporo para mi incesante martirio. Apoyo la mano sobre su hombro y lo sigo con la cabeza inclinada, como una ciega guiada por otro ciego. Acabamos donde todo empieza, en un lecho agrio de tanto sudor. Ahí florece mi flor negra, ahí es mi flor negra atravesada de nuevo, ahí gimo extendida en la cruz, desgarrada en pedazos, entregada a las fieras en la arena del circo. Una leche turbia llena mi cuerpo y luego me quedo sola de nuevo, envuelta en mi cabello húmedo que llega hasta mis plantas.

Soy la ramera que espera acurrucada bajo la higuera. El trozo de carne para todos los colmillos, para todos los dientes. Mi flor negra y roja sangra, señal de que estoy viva. Siento en mí los bebés que no van a nacer, bañados en el amor que no va a existir. He preparado un frasco de alabastro con aceite de nardo para mi amor. Un aceite caro, el dinero arrojado en mi regazo por miles de hombres. Pero su semilla cayó al borde del camino y no dio fruto. Una sombra dorada que me rodea es mi amor. Me revuelco en ella, como los heridos se revuelcan en su propia sangre.

Los días de Sabbath la ramera es virgen otra vez. La ciega ve y la humillada se alegra. Sostengo el frasco de alabastro en las manos y las melenas no cubren ya mi rostro. Abro los ojos y la ciudad se ilumina. La callejuela se llena de caras y la higuera, de frutos. Me levanto y camino entre la gente, las piedras y las ovejas. Respiro con mis amplias

narices, entre mis labios agrietados. Llego siempre a otras plazas, a otros mercados. Es grande la ciudad santa. Arriba brilla en la bóveda el Jerusalén celestial, una bandeja de oro repujado, lejano y desconocido.

Lo veo en un patio abierto, sentado a la mesa con ladrones y pecadores. Los músicos callan, los instrumentos cuelgan de sus manos. Nadie toca los trozos de carne. Los panes están enteros y la bebida, intacta. Entro y nadie se fija en mí, pero él me conoce: me ha visto cuando estaba debajo de la higuera. Me mira a los ojos, pero no interrumpe su relato. Sus palabras se dibujan en el aire, su rostro es un círculo de aire. Sus ropas son más blancas de lo que podría conseguir cualquier blanqueador. Sus pies con sandalias de piel son los pies de un hombre.

Habla sobre el amor y la piedad. Un hombre cae entre ladrones, lo desnudan y un cuchillo se clava en su pecho. Se abre una herida de la que brota la sangre a chorros. El hombre yace en una zanja con una herida en carne viva. Su sangre grita lo que su boca no puede decir ya. Pasa junto a él un sacerdote y no lo oye. Pasa un levita y vuelve la mirada. La sangre grita pidiendo ayuda. La sangre es una boca abierta con los dientes manchados de sangre, un cuello que grita pidiendo ayuda. Pero un samaritano lo oye, baja a la acequia y le cubre la herida, cuida del apuñalado. Oculta la carne viva de la vista de la gente. Lo unge con aceite y lo cura. Y lo saca de entre los muertos y hay gran alegría en el cielo, pues estaba perdido y lo han encontrado, estaba muerto y ha resucitado.

Sus palabras dibujan historias en el aire. Su rostro es un óvalo de aire. Sobre la mesa abarrotada de carne y copas de vino flotan sus historias como cúpulas de aire, atravesadas por faisanes y halcones. Los rostros irritados

de los ladrones y los fariseos reciben por primera vez otra clase de alimento, otro pan, otro vino. Desaparece su carne, desaparecen sus ropas blandas, se quedan inmóviles, pintados en el aire. Son los que me arrojaron dos monedas en el regazo cuando era una niña, los que me clavaron los cuchillos, los sables y los punzones en el pecho. Ellos han mantenido mi herida siempre abierta, ellos son los ciegos que me han guiado a mí, ciega, hacia la zanja en la que yazgo: el lecho agrio de tanto sudor.

A medida que habla, él se convierte en Él.

Me siento a Su sombra, pego mi sien a Su rodilla, brillo en la balsa de oro que rodea Su figura. Vierto a Sus pies de hombre el aceite de nardo de la vasija de alabastro, los froto con mi cabello más largo que yo. Él lo percibe, pero no interrumpe su relato. Coloca su mano izquierda sobre mi coronilla, y mis pecados son perdonados, y mi herida se cierra. Y la balsa de oro que nos rodea se extiende cada vez más, abarca la mesa entera, con los comensales y los sirvientes, con los perros inmóviles en su cojín, con los cobertizos del patio grande. Con Él, que deja su mano sobre mi coronilla y con Sus palabras dibujadas en el aire. Con el cielo arriba, atravesado por faisanes y halcones. Con la bandeja de oro de la bóveda del Jerusalén celestial.

El hijo del cielo se ha casado ahora con la hija de la tierra.

4

Cuando era una niña en la dulce Madián, me sentaba apretujada con mis hermanas en la estera de mimbre, y nuestro padre, al que rodeábamos hasta casi asfixiarlo, parecía el centro de una flor de siete pétalos, pues nosotras éramos siete y todas arrimábamos el rostro a su pecho y su barba.

Y nuestro padre, abriendo de par en par unos ojos fieros, nos contaba historias antiguas sucedidas en tribus árabes, con ídolos de madera que cobraban vida y devoraban el hígado de las niñas que salían del patio sin compañía, o convertían sus corazones en piedras de ónice. Nos moríamos de la risa con esas fantasías, pero nuestra risa se mezclaba también con un poco de miedo.

Luego llegó el forastero, un hombre callado. No sabía por aquel entonces que habría de dormir con él muchas noches, con mi sien pegada a su barba, y que alumbraría seis hijos y que los hijos nos darían nietos, que ahora son mayores y recogen también ellos su ómer de maná, con todos los demás. El forastero apacentaba los rebaños de mi padre, y a nosotras nos daba miedo, pues era silencioso y de carácter reservado. Decían que había matado a un hombre. Una vez, al atardecer, cuando el cielo era rojo, estábamos todos comiendo de los cuencos colocados en el centro, sobre la alfombra raída y llena de arena del desierto. Y nuestro padre se volvió hacia el pastor forastero para preguntarle si conocía también él alguna historia. Él despertó como de un sueño, se quedó pensativo un rato y empezó.

En otra época, cuando el antepasado Jacob huía de su hermano Esaú, aprovechando la noche, su comitiva cruzó las aguas del Iaboc, y él se quedó rezagado, solo, bajo las estrellas. Y entonces un hombre descendió de los cielos, un hombre con las alas de un pájaro enorme. Le clavó las garras en el vientre y luchó con él toda la noche. Se revolcaron en sangre horas y horas, las alas estaban tan empapadas que no servían ya para volar. Brotaba sangre por todas partes y los dos rodaban y rodaban, unas veces el uno arriba, otras veces, el otro. Hacia el alba se quedaron sin resuello y se tumbaron de espaldas en el charco de sangre. Luego

se levantaron tambaleándose, el hombre no tenía rasgos humanos, entonces Jacob lo supo: era un ángel del Señor. Lo miraba con unos ojos enormes que ocupaban la mitad de su rostro. Se agarraron del cuello, y Jacob le preguntó su nombre, y el hombre no se lo dijo. Luego se sacudió las alas, salpicando un montón de gotas a su alrededor. Se elevó hacia las estrellas pálidas del alba, y Jacob partió cojeando y empapado de sangre.

De las siete hermanas, el forastero me eligió a mí. Él guía ahora nuestro pueblo, y el Señor habla con él, ante la puerta de la Tienda del Encuentro, como habla un hombre con su amigo. Pero entonces era solo un pastor, envuelto en su túnica. Estuvo cuarenta años al servicio de mi padre. Mi primogénito, Guersón, creció, él mismo tenía esposas e hijos. Y de repente mi esposo me dijo: ha llegado el momento. Y abandonamos la dulce Madián para vagar por el desierto.

De camino a Egipto, donde sus hermanos gemían en la esclavitud, tuvo lugar el acontecimiento. El meollo de secreto y temblor de mi vida. Estábamos en medio de la nada, bajo las estrellas. El frío del desierto nos arrimaba al fuego, casi apagado. Dormía con la sien apoyada en su barba, rodeando su pecho con el brazo. Todo sucedió violentamente. La noche estalló hecha añicos. Los rayos brotaron de las estrellas. Apareció un hombre y de repente el recuerdo de Jacob me vino a la cabeza. Pues el hombre tenía unas alas enormes, de pájaro que volaba sobre las nubes, y unos ojos no humanos, que se extendían por la mitad de su rostro. Era un ángel del Señor. Y de repente el cuerpo de mi esposo se elevó de la manta, como arrastrado a los cielos. Flotaba tumbado, a dos metros del desierto. Con los ojos en blanco y la boca abierta. Los dedos extendidos, el cabello alboro-

tado. Su enorme garra clavada en su cuello. Mis gritos se alzaban al cielo como tallos. Mis manos aferradas al nácar de Su manto. Guersón saltó de su cubil, con el cuchillo de piedra elevado hacia Él, dispuesto a desgarrar su carne de luz. Pero el Señor lo redujo con su poder y lo lanzó al suelo como si fuera un harapo.

Y entonces, al ver cómo mi esposo forcejeaba colgado del vacío, con el enorme ángel inclinado sobre Él, me vino de repente una idea, no de la mente, sino de las entrañas. Como si mi mente, mi corazón y mi vulva se hicieran todo uno. Tomé del suelo el cuchillo de sílex, le levanté la ropa a mi primogénito y le corté el prepucio de golpe. Arrojé el anillo sangriento a los pies del Señor, gritando con toda mi alma: “¡A partir de ahora eres mi esposo! ¡Eres mi esposo de sangre!”. Entonces Él sacó la garra del cuello de mi marido, se apartó y me miró con sus ojos enormes. “¡Esposo de sangre!”. Le grité otra vez, y él, entre chorros de luz, se elevó de nuevo a los cielos, y el cuerpo de mi marido se desplomó flácido sobre las mantas.

Nunca he sabido por qué hice eso. Desde entonces Guersón está circuncidado y es un sabio en la tribu de Levi, en Israel. Y sus hijos recogen con nosotros su ómer de maná, menudo como las semillas de cilantro, en los márgenes del campamento. Y vosotros sois sus hijos.

¡Ya está, ya os lo he contado, ahora todos a dormir!

5

El espíritu de los celos se abatió sobre mí y las fuerzas del cielo se tambalearon. El sol y la luna se vistieron con sacos de pelo y no volvieron a alumbrar. Sus trenzas en los puños de otro, su boca en la boca de otro, sus pechos sobre el

pecho de otro. La palomita de su cuerpo zureando bajo las caderas de otro. Fuego y lejía en mi garganta. Ya no sé si es de día o de noche. La mano de otro entre sus piernas. El miembro de otro en su herida. El gemido de ella en el oído de él. Mi niña ya no es mía, su sonrisa no es ya para mí. ¿Y cómo voy a vivir sin sus párpados y sin sus mejillas?

¿Qué voy a hacer, qué puedo hacer? El espíritu me desgarró, destroza mis intestinos. Voy a visitar al levita después del consejo. El levita abre el libro, lee. Recoge polvo del suelo de la tienda, ponlo en un recipiente de agua límpida. Dale a la mujer esa bebida amarga como la hiel. Para que jure que no conoce otro hombre. Y, si miente, sobre su estirpe caerán el odio y la maldición, y su vientre se hinchará y alumbrará solo fetos muertos, negros, consumidos como langostas. Se le caerá el pelo y se quedará calva, la lepra devorará sus dedos y su nariz. Morirá podrida, en la vergüenza y el pecado. Y su nombre será borrado del libro de su pueblo santo.

Saqué a mi mujer de la cama y la llevé adonde el sacerdote, le di la bebida amarga. La bebió sonriente, con la mirada tranquila de una niña que muerde un higo. Juró, envuelta en blanco y en inocencia. Sus dientes eran más brillantes en la oscuridad del tabernáculo. Sus rizos negros se curvaban tranquilos, su mano blanca descansaba en mi brazo, su voz era la conocida, como el gorjeo de un bebé, y la creí. De repente brillaron con más intensidad los lirios del campo, y los faisanes se vistieron con más colores. La conduje satisfecho a casa, le regalé un vestido nuevo, le ofrecí panales de miel y tortas de almendra.

Pero el espíritu no me abandonó. Su lengua mezclándose con la de otro, la barba de otro buscándola, olisqueándola. Húmeda, húmeda bajo los dedos de otro. Ardiente,

ardiente su jadeo en un oído ajeno. Y su grito final, y el cielo desplomándose sobre la tierra. Al diablo con todos los levitas del mundo, ¡yo tenía que verlo y averiguarlo! Me fui de viaje sin marcharme y regresé en medio de la noche, con el puñal en la mano, con la muerte en el alma. La sorprendí en el lecho inmaculado de nuestra boda precisamente cuando perpetraba el adulterio.

La eché a los caminos, al amanecer, cubierta apenas con un trapo viejo, golpeada, arañada y escupida. La muchedumbre la llamaba puta y arrastrada. Los hombres pellizcaban sus tetas y azotaban sus nalgas. Le arrojaban a la cara lavazas y basura. La tiraron al suelo, ante un hombre del que se hablaba en la ciudad. Un sabio, decían unos, un transgresor de la ley, decían otros. Lo contemplé con atención, pero no pude distinguir su rostro. Lo cierto es que era un óvalo de aire. Sus ropajes eran más blancos que la nieve, más blancos de lo que podría conseguir cualquier blanqueador. Era como un fuego blanco que no se consumía ardiendo. Yo mismo pellizqué la mejilla de la mujer infiel, retiré sus melenas, despejé su rostro lacrimoso. Él no la miró.

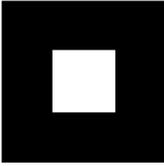
Estaba sumido en sus pensamientos, con la mujer desplomada a sus pies. Maestro, le dije, he sorprendido a mi mujer en flagrante adulterio. En el libro dice que alguien así debe ser lapidado. Mira, hay ya muchos hombres con las piedras en la mano. Cumplamos lo que es justo a los ojos de Dios.

No me miró. Se agachó y escribió algo en el polvo. Un bucle extraño, profundo, un camino que giraba y se cruzaba consigo mismo. ¡Maestro —le dije otra vez—, aquí está mi mujer! Pero él seguía dibujando la línea del camino curvado.

Mi mujer yacía sobre sus largos cabellos, cubierta apenas con un harapo. Iba a ser lapidada desde muy cerca. Su boca, su cabeza, su pecho, sus muslos. Su cráneo se rompería como un huevo, sus dientes volarían por el polvo sangriento. Sus gritos desgarradores cesarían, luego también sus forcejeos. Sacarían ese saco de huesos destrozados fuera del campamento, donde lo quemarían y desperdigarían sus cenizas. Eso era lo justo a los ojos de Dios.

El hombre que escribía en el polvo, rodeado por sus discípulos, parecía no oírme. Estaba profundamente sumido en sus pensamientos. Luego se incorporó bruscamente y, al cabo de un largo silencio, pronunció unas palabras que la Ley no conocía. Tampoco los hombres de la Ley, que blandían sus piedras. Aquellas palabras quedaron profundamente grabadas en mi corazón. De repente vi a mi mujer, cálida y viva, derrumbada sobre las baldosas, y comprendí el amor y el horror. Fui el primero en soltar la piedra, también los demás soltaron la suya, de tal manera que se formó una pila de piedras, como una frontera. “Misericordia quiero, que no sacrificio”, recordé. Misericordia, no sacrificio.

El hombre, sabio o transgresor de la ley, la levantó del suelo y me la entregó, como un sacerdote en unos nuevos esponsales. Viva, cálida y sin pecado, como había sido siempre, como habría de ser siempre. Sus párpados y sus mejillas, sus rizos negros. La palomita de su cuerpo junto al palomo del mío. El hombre con rostro de aire tocó entonces para nosotros, con el laúd, una canción nunca antes escuchada.



Danubio*

Una fila de trineos sin cascabeles, tirados por caballitos de crines alborotadas, con las pezuñas envueltas en bandas de piel, llevaba hacia la salvación a todo el clan de los Badislav, a los jóvenes, a los viejos, a los niños y a las mujeres, junto con el trigo, con los arcones de carne de cerdo conservada en manteca, con sus ropas, sus iconos y con las estolas del pope, que, vestido como un campesino más, fustigaba de vez en cuando la grupa marrón brillante de la yegua que trotaba enjaezada y graciosa ante él. También la yegua le golpeaba en el rostro con su cola dorada y áspera, y mostraba el orificio negro como el alquitrán entre las grupas. Ante ellos no se distinguía camino alguno, tan solo el campo que conducía al Danubio y a la redención, cubierto por la nieve que les llegaba hasta el pecho a los caballos. Sotos de bosque joven y ralo, con los tallos inmóviles en el aire helado, como dibujados en el aire con tinta sepia, quedaban atrás a ambos lados. Los cuervos, como hojas negras, migraban de un árbol a otro y sacudían la nieve de las ramas. El sol de oro fundido empujaba las sombras al paso de los trineos y trazaba unos árboles finos sobre las ondas de nieve, brotaban de la misma raíz que los verticales pero pare-

* Este texto fue publicado originalmente en el libro *El ala izquierda. Cegador, I*, traducido por Marian Ochoa de Eribe (Impedimenta, 2018).

cían más alargados y más frondosos. En los siete trineos se amontonaban los supervivientes del pueblo carbonizado y humeante, de sus callejuelas y chabolas llenas de cadáveres merodeados por lobos y zorros. Aquel año terrible la calamidad no vino de la mano de los turcos, ni de la tempestad que avivaba las llamas, ni de los albaneses del gobierno. Si alguien hubiera preguntado a cualquiera de las mujeres con collares de monedas al cuello y pañuelos de cendal en torno a sus feos rostros de búlgaras, con ojos cristalinos como los de las cabras, esta habría fruncido el ceño con desesperación y estupidez y se habría santiguado, pero no le habría respondido, pues lo único que querían todos era olvidar. Entre sus pellizas, en el fondo del trineo, se apretujaban los niños y algún que otro perro negro, cuyas patas temblaban enloquecidas. Recordaban tan solo la aldea aislada del mundo, en una vaguada de los montes Ródope, rodeada por riscos de basalto; en la roca se abría una garganta que desembocaba, hasta donde alcanzaba la vista, en unos pastos floridos y en unos fértiles huertos de hortalizas. Un pueblo apartado cuyos habitantes estaban unidos por complicados lazos de parentesco, todos eran primos y compadres, todos vivían en el temor a Dios en torno a una ermita sin torre edificada en medio de la aldea. En verano trabajaban doblados sobre rodrigones de tomates y sobre cuadros de pimientos morrones, los chiquillos llevaban las vacas a pastar y trenzaban interminables cadenas de dientes de león o peleaban con los cayados, bellamente tallados y repujados. El cielo era azul como una flor de transparentes pétalos azules abierta sobre el valle.

Junto a las casuchas estaba el cementerio atestado de cruces, unas en pie, otras derrumbadas por el paso del tiempo, con temblorosas inscripciones en caracteres cirili-

cos. Las más antiguas, de piedra, estaban tan cubiertas de musgo y tan devoradas por el líquen que parecían esponjas informes desperdigadas por la tierra negra, rodeadas por cólquicos y aros. En la iglesia entintada por el humo, el pope procuraba mentarlos a todos regularmente, y las velas de sebo de vaca ardían sin cesar, tiznando el techo bajo como si fuera el culo de una sartén. Roscos y colivă, arroz con leche y ciruelas pasas constituían el alimento de los muertos, se los enviaban por el hilillo de agua del arroyo Bârzoava, en barquitas de madera repletas de cirios, los días señalados por el santoral. A los viejos del pueblo que se quedaban dormidos en brazos del Señor se les cantaba bajito al oído, en la noche del velatorio, para explicarles los detalles del destierro que les esperaba: tenían que hacerse amigos de la nutria para atravesar las aguas negras, y del lobo, para conocer el camino hacia la casa de su familia, allí podrían abrazar a su padre y a su madre, reunidos todos como niñitos en torno a la Madre de Dios y al Niño de luz.

Aquel fue, sin embargo, el año de las adormideras. En invierno, los Badislav pudieron contemplar, en sus manos llenas de callos, las semillas menudas y cenicientas de la amapola, desconocidas hasta entonces y traídas por una caravana de gitanos que, robando y leyendo el futuro en las conchas, recorría los Balcanes. Los gitanos hablaban, mientras despiojaban a sus osos, sobre la maravillosa flor que atraía los sueños, que hacía que los bebés callaran y durmieran como lirones toda la noche, que dilatava las pupilas de las mujeres y hacía que suspiraran por acoplarse. Los granitos eran buenos, mezclados con miel, para hacer aromáticos pasteles, y de sus cápsulas se extraía la leche de los santos, que te llevaba al paraíso y te hacía conocer en vida a los ángeles de las nubes. A cambio de las semillas,

por un saquito lleno, los gitanos pidieron cuatro hermosos violines que olían a madera de abeto, con cuerdas de tripa de oveja retorcida, de esos que sabían fabricar algunos campesinos. La caravana partió de improviso, esfumándose en el vacío como si nunca hubiera existido.

Quedaron las semillas de amapola, ligeras como el papel, que los Badislav sembraron en una franja entera de tierra negra y reluciente, entre hileras de calabacines y de lechugas. En pleno verano se abrieron unas flores de pétalos morados, con manchas negras como la lengua de los ahorcados; las hojas de los largos tallos eran de un verde azulado muy pálido, salpicado de cal. Cuando los pétalos cayeron y se mezclaron con la tierra, quedaron unas cápsulas rebosantes de leche que emanaban un tufo tan dulzón que los pájaros no sobrevolaban el campo venenoso; tampoco los escarabajos ni las langostas se atrevían a pasar entre los tallos pálidos. En poco tiempo, las cápsulas se hicieron grandes como la cabeza de un bebé y, al agitarlas, las semillas resonaban en su interior. Las mujeres entraron con hoces en aquel sembrado que les llegaba hasta el pecho y pasaron un día entero segando aquellas plantas, muertas de la risa, pues las cápsulas les recordaban la zarzamora del miembro de sus maridos. Las acarrearón en cestos hasta la veranda de las casas y una vez allí, todavía entre risas, al anochecer, extrajeron el líquido espeso y extendieron sobre unas bandejas, al aire libre, la “simiente de gitano”, como la bautizaron finalmente. En unos cuantos días, la leche había cuajado, estaba dura como el queso, y luego como la piedra. Parecía tiza jabonosa de un blanco azulado, también las mujeres pusieron esa corteza en un almirez y la majaron hasta volverla tan fina como el polvo del camino. Hicieron rosquillas y hojaldres turcos en los

que, junto con la mermelada, la miel y las cáscaras de naranja, espolvorearon el polvo mágico. Lo mezclaron con vino y con aguardiente de pera, con leche con mămăliga y en los cigarrillos de maíz que ellas se liaban. Se reunió todo el pueblo en una fiesta inolvidable, como si estuvieran en pleno invierno; se divertieron y contaron chistes hasta que el vapor de la amapola se les subió a la cabeza y todos, tanto los mozos como los viejos, cayeron en un extraño trance. Se les apareció un ángel de luz, desnudo, con pechos de mujer y vergüenzas de hombre, con el cabello dorado prendido en miles de trenzas. Y el ángel les dijo:

“Estáis libres de pecado. Sed como vuestro abuelo Adán y vuestra abuela Eva, pues vuestros pecados han sido perdonados”. Y todos, mozos y mozas, esposos y esposas, se despojaron de sus pellizas y camisolas y se acoplaron al buen tuntún entre los perros y los niños: la madre con el hijo, el padre con la hija, el hermano con la hermana, y así estuvieron, con las pupilas tan dilatadas como el iris, con un sudor transparente y helado corriendo por sus rostros, hasta que asomó el otoño, dulce como el mosto al principio, áspero como el vino tinto después. Las llamas y la herrumbre se extendieron por las colinas mientras, en el valle, la aldea se desmoronaba poco a poco y las vacas mugían muertas de hambre. Aspirando el mapacho mezclado con semilla de gitano, los hombres yacían en los bancos sin otro cuidado que mantener el fuego en la estufa. Las mujeres se olvidaban de sus bebés, los dejaban lloriqueando en las artesas y se marchaban al pueblo, con los pezones maquillados, en busca de un amante cuyo peso no hubieran sentido aún. Cuando lo encontraban en algún granero lleno de ruedas de telarañas —el insecto, saciado, se encontraba en el centro y mostraba la cruz del dorso—, ellas, que se habían ca-

sado vírgenes y que no se atrevían a levantar los ojos del suelo en presencia de su esposo, se arremangaban ahora las faldas y mostraban sus muslos rollizos y la colina peluda en el centro; se dejaban montar allí mismo, sobre los sacos de trigo, en medio del olor de los correajes engrasados con sebo.

Las telarañas —con arañitas en los extremos— habían llenado el aire de oro, se enredaban en los zarcillos de la vid, en los tutores del huerto, y volaban después hacia la linde de la aldea, donde el antiguo cementerio se doraba al sol como un sapo en los últimos días de brumario. Allí se trababan en los brazos de las cruces; poco después, el cementerio entero estaba vestido de encajes de hilo de seda. Bajo la tierra, en sus estrechas casitas de pino, los muertos se morían de hambre. Llevaban cuarenta días sin ser invocados en la iglesia, donde el viejo cura permanecía sentado, llorando entre los iconos como un navegante en un velero a la deriva; durante todos esos días no habían recibido los roscos, la coliva ni el arroz con leche de sus parientes vivos. Aterrorizados ante la idea de morir por segunda vez de hambre y olvido, los muertos empezaron a agitarse, un rugido amenazador surgía del subsuelo. Haciendo castañetear sus poderosas dentaduras, comenzaron a romper los tablonces esponjosos, destruidos por las larvas enquistadas de los escarabajos, a excavar con sus garras como de topo unos túneles que los llevaban de unos a otros, a reunirse de dos en dos o de tres en tres y, finalmente, todos juntos, formando un pueblo subterráneo, se apiñaron en una cava atravesada por raíces; los ataúdes, que quedaban ahora encima de los cráneos, parecían brillar como cajitas de cristal. Trescientos muertos debilitados por un prolongado ayuno, pero animados por una rabia que solo

los difuntos conocen, entrechocaban allí las pálidas setas de sus cráneos y hacían crujir sus ropas ennegrecidas, mantenían largos y duros discursos y se miraban unos a otros abriendo de par en par sus órbitas vacías, llenas de gusanos. Y al comienzo del invierno, el día de los santos mártires Mina, Hermógenes y Eugrafo, hacia el ocaso, un ejército putrefacto, calvo y sarcástico se abrió camino hacia el mundo blanco. Había muertos viejos, de huesos amarillos como los de las vacas, que no habían sabido numerar sus miembros, así que se habían olvidado algunos dedos o la mandíbula inferior en el antiguo féretro; había también muertos más recientes, envueltos aún en sus camisolos, que conservaban en los rostros y en el cuerpo retazos de carne seca como la mojama; había mujeres con las caderas ensanchadas por los partos y con la caja torácica envuelta en unas melenas que recordaban el cáñamo sin hilar; había críos pequeños, vencidos por el peso de unos cráneos demasiado grandes para su débil cadáver; había apestosas carroñas de perros y gatos que, animadas por el espíritu de aquella cólera colosal, acompañaban también a la cohorte. Un hedor ponzoñoso se arremolinaba sobre ellos como una humareda verde, y se elevaba hacia las estrellas. Cuando llegaron a las casas, se dispersaron; cada uno se dirigió donde su familia y comenzó una matanza atroz entre los aullidos desesperados de los perros. Los espectros irrumpieron en los zaguanes, luego en las habitaciones donde, ante los ojos de las mujeres que creían estar soñando, arrancaban de las cunas a los bebés envueltos en pañales y mordían con apetito su carne tierna, salpicando el suelo de adobe con su delicada sangre. Se abalanzaban sobre las mujeres, las montaban sobre los bancos y las penetraban con su gusano negro, itifálico, endurecido por

primera vez después de tanto tiempo. Acorralaron a los mozos en los graneros, esquivaron con maestría sus golpes desesperados con las horquillas; finalmente los agarraron de la pelambreira para arrancarles los brazos y las piernas, como si fueran langostas, y les royeron los cogotes hasta llegar al hueso. Muertos de miedo, muchos de los campesinos se aliaron con los esperpentos, descuartizaron en primer lugar a sus mujeres e hijos y a continuación, con la mirada vidriosa y temblando como hojas, estrangularon a los perros de los corrales y bebieron su sangre negra. Aquella noche empezaron a caer unos copos grandes y blandos, que se derretían en los charcos rojizos de las callejuelas. Los cadáveres vagaban en vano, de casa en casa, en busca de gente con vida. Los encontraron debajo de las camas y detrás de los hornos, indiferentes a sus aullidos, los sacaron de allí y los convirtieron en mártires, los empalaron y los desollaron vivos; a última hora de la tarde no parecía quedar ya nadie con vida en el pueblo. Entonces dieron fuego a las casas y las cincuenta isbas empezaron de repente a echar humo y a sacar lenguas rojas como los dragones de los iconos. Solo la iglesia del centro del pueblo permaneció negra y silenciosa, con su empinada techumbre de tejas sobre la que empezó a cuajar, como un ribete de plata, la nieve. En la plazoleta frente a la iglesia, donde los vecinos bailaban la hora todos los domingos, se reunieron, en pequeños grupos, los muertos procedentes de todas las callejuelas. Porque por las grietas de las viejas paredes emergía el dulce aroma a carne de gente sana y salva que excitaba el apetito de los habitantes del subsuelo. Los supervivientes se habían congregado en el recinto sagrado donde, de rodillas, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas, bruscamente espabilados de la embriaguez de

la amapola morada, rogaban a la piadosa Madre de Dios. El pope, el único que no se había pervertido con los poderes de la planta oscura, preparaba entretanto sus armas de guerra, en las que había depositado todas sus esperanzas. Se había vestido con su casulla de fiesta mayor, se había puesto al cuello la cadena de plata de la que colgaba, cubriéndole el pecho, una cruz de ébano incrustada con perlas antiguas e irregulares. Colocó ante él, una vez los hubo retirado de las paredes, los iconos que habían demostrado obrar milagros. En el amplio bolsillo delantero de la sotana guardó la cajita de cristal que contenía el diente de uno de los doscientos discípulos del santo mártir Nikon, el tesoro de incalculable valor de la iglesia. En la mano derecha sujetaba un incensario humeante y en la izquierda, el Evangelio, abierto en la página en la que Cristo expulsa a los demonios de un poseído y los arroja a una pira de cerdos. Cada uno de los cuarenta habitantes de Badislav llevaba un icono bendito al cuello y, en la frente, una brillante mancha de mirra.

El ejército de huesos y harapos, animado fantásticamente por la luz de las hogueras, deliberaba. Los esqueletos limpios, los más antiguos, agitaban bajo la nieve unas patas largas como de mantis religiosa. No les importaba el murmullo piadoso del interior ni el olor a incienso: la ciudadela debía ser sometida y destruida a toda costa, y todos sus habitantes exterminados. Y todo ello antes del canto de los gallos. La nieve que había empezado a cuajar, húmeda y cristalina, se retiraba ante las pezuñas tintineantes que mostraban unas uñas petrificadas a través de sus viejísimas abarcas. La puerta de la iglesia estaba reforzada con hierros y su gruesa y agrietada piel exhibía las huellas de las armas y los arcabuces, manchas de sangre, blasfemias

talladas en letras cirílicas que algún pope de la antigüedad no había conseguido lijar. El cadáver de la vieja Liubița, enterrada tan solo una semana antes, rebosante aún de gusanos blancos y gordos, se acercó y palpó la puerta con unos dedos amoratados. Su cabeza de ojos rezumantes asintió y se retiró. Había que prenderle fuego, pues las gruesas vigas se veían tan orgullosas como los muros de un castillo. Los esperpentos se arremolinaron y sus labios arrojaron al mismo tiempo una llamarada verde como el veneno, sus lenguas negras colgaban como las de los galgos. La llama chocó contra un trozo de madera secular y solo unas pocas astillas se encendieron para consumirse casi al instante. Volvieron a soplar, pero tampoco ahora se prendió el roble embreado. Los esqueletos comprendieron entonces que no conseguirían vencer por sí mismos. Se reunieron, como ante el brocal de un pozo, en torno al círculo de fuego que el más viejo de los muertos había trazado en la nieve sirviéndose de una antorcha. Contemplaban con sus órbitas negras y vacías cómo el barro del interior del círculo se tornaba translúcido como un agua verde y profunda, y cómo esa agua, cada vez más rojiza, más parda, más oscura, más negra que el betún, descendía hasta el fondo de la tierra, donde unos puntos y unas lucecitas parecían empezar a moverse. Cientos de manchas saltarinas, hirsutas, rojizas brotaron de la oscuridad, aferrándose a la línea de luz. Al poco, unas alas peludas de murciélago, unas colas fustigadoras, unos picos corvos, unos pechos gibosos, unos cuernos de toro y de carnero y de chivo y de muflón y de víbora cornuda y de dragón surgieron de un cenagal de aullidos como los de una mujer de parto o los de un hombre al que arrancan los huevos. Corrían cada vez más deprisa, se aferraban como piojos, con pinzas y ventosas, a los chorros de

luz, sus caderas escamosas palpitaban, se reían a carcajadas con unas bocas dentadas que se abrían en sus vientres, los labios de sus traseros eructaban con rostros enloquecidos, bizqueantes. Eran los demonios, que habían empezado a surgir del círculo mágico como una fabulosa maraña de maldad, llenando el cielo con sus alas y sus aullidos, la tierra con gotas de veneno y esperma, y con horror al Ser Divino. Los demonios-grillo se abalanzaron sobre el tejado de la iglesia, clavaron la sierra de su cola entre las tejas y depositaron en su interior unos huevos alargados de los que, al instante, asomaron arañas venenosas de cien patas. El sacerdote, con sus hábitos de hilo dorado, los petrificaba rociándolos con agua bendita. Los demonios reptadores excavaron agujeros en la tierra y se presentaron inesperadamente entre los penitentes. Pero el incienso se coló por sus narices e hizo añicos sus cráneos de serpiente. Los demoniosmurciélagos se hicieron con unos bloques de piedra, sobrevolaron el tejado con ellos y los dejaron caer sobre él. Cuando las alcanzaba, sin embargo, la plegaria angelical de los rezos, las piedras se detenían en el aire y se abrían como unos enormes capullos, mostrando unos pétalos carnosos, de rara belleza, de tal manera que el cielo sobre la iglesia se llenó de flores multicolores. Locos de rabia, los demonios se lanzaron hacia las paredes, se encaramaron a ellas y al tejado, royendo y escarbando con las garras de tal manera que ni una sola esquinita del santo recinto podía adivinarse bajo la maraña hormigueante, bajo el revoltillo enloquecido, bajo el zumbido furioso de los élitros y las antenas.

La pesada puerta se abrió entonces de par en par y los cuarenta aldeanos, vestidos con sus camisolas blancas, con los rostros y las manos de un color rojo transparente a

la luz de las velas que portaban, salieron apretujados unos contra otros, precedidos por el sacerdote de las barbas hasta la cintura, ceñudo y decidido como el Dios Padre de los iconos. La inmensa cruz de más de dos metros, acarreada por sus fuertes manos, que sobresalían de unas mangas anchas, brillaba como el oro, al igual que las cruces que todos llevaban al pecho. Con más intensidad brillaba, sin embargo —grano de diamante con millones de destellos—, el diente del mártir en la cajita de vidrio, prendida ahora a la frente de una niña. La luz se derramaba por el valle, chocaba con las rocas de los alrededores, que se volvían transparentes como si fueran de cristal, y, cada vez más intensa, se alzaba en una sola columna hacia los cielos, rompiendo las nubes, apartando las estrellas y revelando la grandeza infinitamente dulce de la Trinidad. A través de la brecha de luz, empezaron a nevar ángeles con arcos y carcajes de flechas en bandolera; portaban largas lanzas y sus bucles de oro ondeaban en el descenso. Un grito de victoria brotó del pecho de los Badislav.

Cuando sus pies se posaron en el suelo, los transparentes heraldos, contruidos con ideas y cristal, se nutrieron de las fuerzas de la tierra. Unos hilillos de sangre brotaron en las plantas de los pies, se extendieron rápidamente por sus cuerpos luminosos formando sistemas venosos y arteriales, visibles, como en los crustáceos, a través de la carne translúcida. Una sangre de púrpura tiñó sus labios y mejillas, y las grandiosas alas —dirías que de cisne— se unieron a la carena del pecho con unos músculos triangulares y fuertes. Los héroes alados, con armaduras de hojas de oro, formaron una falange y atacaron, lanzas en ristre, al desordenado hatajo de muertos. En unos instantes, el terrible pueblo subterráneo quedó reducido a un

montón de tibias, vértebras, mandíbulas, cráneos y huesos ilíacos, amarillentos como la cera vieja, que exhalaba todavía veneno hacia los cielos. Los demonios se escurrieron de la iglesia como un fango espeso, la dejaron perdida de babas y excrementos, y se abalanzaron como una manada de lobos rabiosos contra las falanges de ángeles. Los conocían a todos y cada uno de ellos, pues eran los Fieles, los que habían permanecido con el Señor durante la gran rebelión, los que habían visto acrecentada su gloria mientras los demás se hundían en lo infradivino, lo infrahumano, lo infra-animal, arrastrados por la sangrienta espiral de la blasfemia eterna. En lo más profundo de cada uno, detrás de las escamas, de las garras y de las alas de dragón, latía un ángel lloroso.

Y comenzó la batalla que hizo temblar el pequeño valle sobre el que seguían cayendo copos de plata. Protegidos por sus iconos y sus cruces, envueltos en el vapor del incienso, los aldeanos permanecían apiñados, contemplando con los ojos abiertos de par en par, con las barbas erizadas, con la carne de gallina, la refriega. Los ángeles les arrojaban a los espectros flechas de hierro, de cristal y de luz, los desmenuzaban con las espadas de doble filo, su sangre negra se derramaba sobre la nieve, levantaban el vuelo y asfixiaban con sus grandes manos a los demonios alados. Dragones y hombres-lobo, grillos-topo con cabeza humana, hombres con cabeza de mosca abrían sus morros, hocicos y picos y lanzaban chorros de fuego rojo hacia los legionarios celestiales. De vez en cuando, unos ángeles con las alas encendidas, del color bengala del ave del paraíso, caían sobre una choza o un viñedo sin hojas. Como perros acorralados, mostrando los dientes, tres o cuatro diablos se abalanzaban aullando contra cada heraldo ce-

leste, loapestaban con el hedor de sus tripas, lo rociaban con la orina que arrojaban los increíbles tubos situados entre sus caderas y lo cubrían de maldiciones mortíferas, más venenosas que el fuego que brotaba de su boca, pues, ante aquellas palabras cargadas de una devastadora blasfemia, el cerebro angelical era asaltado por unos dolores atroces. En oleadas sucesivas, los monstruos asaltaban el triángulo afilado de la falange, lo rompían, atrapaban a algunos soldados y los arrastraban por el suelo en medio de la oscuridad. En estos asaltos también los diablos caían y se retorcían en medio de la nieve.

Hasta que, hacia el alba, la nevada cedió y los ángeles empezaron a cantar. Soltaron las espadas ensangrentadas y las lanzas con los estandartes desgarrados, se despojaron de las armaduras transparentes; envueltos en unas largas vestimentas blancas, los bucles de su cabello dorado caían desde los hombros hasta la cintura. Apiñados, con los ojos azules elevados hacia el cielo, los ángeles cantaban. Alzaban hacia Dios sus voces de niña, graciosas y frescas como tallos, como capullos de clavel. Elevaban en el aire frío y denso las súplicas cristalinas de la salmodia. Los hombres lloraban como niños, abrazando los iconos contra el pecho. El montón de huesos empezó a temblar, los esqueletos empezaron a recomponerse, las cráneos a buscar sus cuerpos, los fémures a unirse a la cadera, y, como amasada con la levadura del cántico sobrenatural, una carne nueva y tierna cubrió de nuevo los huesos fríos, una carne revestida de piel, de tal manera que, al poco, desnudos y rejuvenecidos, todos en la treintena, los muertos se pusieron en pie. Haciendo un último gesto de despedida a sus parientes vivos, el grupo de hombres y mujeres sin ropa se dirigió lentamente hacia el cementerio. Uno de ellos permaneció

ante la iglesia para trazar en el suelo un gran círculo de fuego. Los demonios, petrificados desde el comienzo de la salmodia angelical, se precipitaron hacia el gran pozo en cuyo centro la tierra se había vuelto transparente. Se arrojaban en él de cabeza, aferrándose a las tráqueas de la luz, arrastrando los metros de intestinos de sus vientres desgarrados, dejando a su paso un reguero de vómito y sangre; fueron menguando poco a poco y desaparecieron en la oscuridad.

Un nuevo grito de felicidad llenó el vacío sobre los Badislav. Sin dejar de cantar, los heraldos se diseminaron entre los aldeanos, los abrazaron y reconfortaron uno a uno, cogiendo su rostro entre las manos y besando la frente con sus labios de granada. Con el roce, el hueso frontal se volvía cristalino como el hielo junto a una hoguera, hasta que todo el cráneo se tornaba transparente y brillante, y a través de él se veían los pliegues y los lóbulos rosados del cerebro. Únicamente un crío, el más mofletudo de todos, el de los ojos más grandes y más azules, escondía en su cráneo, en lugar de la delicada masa encefálica, una araña enorme, con las patas pegadas al cuerpo. La visión duró un instante, pues un vapor lechoso volvió a emborronar enseguida los huesos de los cráneos y la piel de nácar rayado de las frentes. Al abrazar a una feligresa de tetas enormes, uno de los ángeles vio que algo se endurecía debajo de su túnica, se levantaba lenta y dulcemente, hasta que se puso tieso y apuntó al cielo, mientras su camisola luminosa, como sostenida por un palo invisible, se arremangaba, arrugada, hacia arriba, descubriendo unos pies con uñas de calcedonia. El canto de alabanza se le atascó en la garganta y, en su lugar, un aullido gutural, como el de un lobo joven, brotó de su boca. Las lágrimas nublaron sus ojos, cristalinos

desde la creación del mundo, y el ángel rabioso se arrojó de repente, contrayendo su rostro celestial, en el pozo de fuego, tras los pasos del último diablo, al que agarró de la cola de agujones venenosos. Mientras se adentraba por el camino al Hades, su piel se cubría de pus y fístulas, sus membranas, de tiña, los ojos, de glaucoma, la espalda, de escamas, su mente, de caderas y de pechos de mujeres. Los demás ángeles, sin embargo, apenas mostraron un atisbo de pena por el compañero caído, reanudaron sus cánticos y, aleteando vigorosamente, se elevaron del suelo para alzarse solemnemente al cielo, siguiendo el denso rayo del diente del mártir, como una bandada de pájaros humanos. La sangre, la linfa, la melancolía y la hiel brotaban de las plantas de sus pies como un chorro propulsor, hasta que quedaron tan limpios y transparentes como la luz del pensamiento. Cuando alcanzaron las estrellas, los cielos se abrieron y los aldeanos pudieron vislumbrar de nuevo, cegador, el rostro piadoso de la Divinidad, en el que los ángeles se sumergieron como en una nube de oro.

Y ahora los trineos atravesaban la meseta extensa y soleada del campo sin senderos. Las fosas nasales de los caballitos resollaban, emitían un vaho ardiente. Alguna que otra mujer, con los cabellos completamente blancos después de la noche de horror, miraba asustada hacia atrás y hacía la señal de la cruz con la lengua en la boca cerrada, pero solo la estela de los patines se extendía hasta perderse, como una flecha que apuntara hacia la aldea del valle, el origen invisible del espacio y del tiempo. Avanzaban durante el día y al anochecer, cuando la nieve se tornaba de un rosa oscuro, el sacerdote levantaba la mano y organizaban un pequeño campamento al abrigo de los trineos. En el centro, el fuego blandía, como un pintor de iglesias, sus

miles de pinceles, pintando de añil, azafrán y oro la pezuña de algún caballo, un chalequillo estampado con flores de árnica, un rostro redondo de ojos fatigados, una cantimplora sujeta con una cinta de piel raída y, a unos pocos pasos del campamento, la piel erizada del lomo de algún lobo. Tras un sueño a buen recaudo, al alba embridaban de nuevo a los caballos, bajo la bola roja, fundida, del sol, y reanudaban la huida. Por las noches, ningún hombre se acercaba a su mujer, y no habrían de hacerlo hasta que no se asentaran en algún lugar donde tuvieran hornos, una iglesia y huertos.

Aquellas últimas noches, las estrellas del cielo se habían multiplicado y la oscuridad suspendida en el firmamento era cada vez más profunda, más azul, salpicada de racimos y ramificaciones estelares. Los días se tornaban más cálidos, la nieve se derretía cada día que pasaba, los carámbanos goteaban en las ramas de los bosquecillos y las pezuñas hacían salpicar una mezcla templada de agua y hielo. La luz viró del gris al amarillo brillante y asomó una primavera temprana, con su perfume inquietante, llenando la gran esfera blanca en cuyo centro avanzaba la oruga oscura de los trineos. Una mañana, una línea azulada, extendida sobre el horizonte, apareció ante los fugitivos. La franja se ensanchaba a medida que se acercaban a ella, se transformó en una serpiente sinuosa enroscada en la lejanía, hasta que el camino empezó a descender y, lacerado por las varas de los árboles, atravesado por el vuelo graznador de los cuervos, se dejó ver aquel paisaje maravilloso. Era el majestuoso Danubio, de una anchura tan increíble que los árboles de la orilla de enfrente apenas se distinguían, como si fueran unos líquenes ralos envueltos en la bruma purpúrea. Una capa de cristal grueso, verdo-

so, pulido por un viento cálido, escondía, en toda aquella extensión, el tumulto abrumador de las aguas y, como un espejo cegador, reflejaba el sol en el cénit de su órbita. “¡Dunav! ¡Dunav!” gritaban los niños, que habían saltado de los trineos y correteaban, chapoteando por la nieve con sus abarcas de piel de cerdo, para llegar cuanto antes a la gigantesca pista helada. Pero el sacerdote los llamó a gritos y los hombrecillos regresaron, acariciando a su paso las barrigas calientes de los caballos. Porque, antes de atravesar sus profundidades, había que apaciguar el río. Se imponía ofrecer un sacrificio para no perecer engullidos en el furioso resquebrajamiento del hielo. El siervo del Señor recordaba cómo, en su infancia, cuando trajeron desde el norte el diente milagroso junto con otras reliquias sagradas, el sacerdote hizo un agujero en el hielo y lo roció con agua bendita, inclinándose de vez en cuando para leer algo en el atril abierto, colocado precisamente junto al agujero; agarró por los hombros a la niña elegida por el destino, besó sus ojos y la dejó caer en el agua helada. Había transcurrido toda una vida y las costumbres se habían dulcificado. Los viejos empezaron a mostrarse convencidos de que no es el cuerpo sino el alma del hombre lo que buscan todas las fuerzas de la Creación, sean luminosas o enemigas, y, puesto que la sombra no es sino espíritu, sería suficiente con sacrificar tan solo la sombra. Así que, cuando levantaban una casa, cuando atravesaban el agua, cuando construían un puente, a las inagotables deidades del lugar les ofrecían las sombras de los vivos en lugar de los antiguos sacrificios de carne y sangre.

Tuvieron que esperar hasta el alba, que, tras una noche de vigilia general, bajo las estrellas engullidas por las nubes antes de asomar más límpidas aún, más cristalinas

y más relucientes, como copas frotadas con paños de seda, se presentó como un haz de llamas. Los ojos de los campesinos, que se lavaban la cara con nieve, brillaban tan rojizos y redondos como los de los pájaros. Parecían incluso, con sus camisolas de manga ancha, una bandada de aves acuáticas que, confundidas por la temperatura, estuvieran de vuelta en el Danubio antes de la llegada de la primavera. El destino eligió esta vez a un chico que más tarde se convertiría en el abuelo del viejo Babuc, es decir, de mi abuelo. Era un crío abandonado, pero no uno cualquiera. Diez primaveras atrás, un grupo de niñas del pueblo había salido a recolectar cólquicos y violetas en un prado cercano. Se trenzaban coronas con ellos y correteaban entre los arbolillos de corteza verdosa que impregnaban el aire con ese aroma embriagador que reconocerían unos cuantos años después, cuando, en determinadas fiestas, los mozos las llevaran al monte para hacerlas mujeres: la corteza tierna olía a semilla de hombre. Bajo el cielo desgarrado por las ramas desnudas, desgarradas ellas mismas por una añoranza oscura y extraña, suspirando con ojos lánguidos, dejaban la huella de los dedos de los pies en la hierba apenas brotada, salpicada con el morado y el amarillo de las campanillas menudas de olor más bien desagradable. En una esquina, el bosquecillo raleaba, los arbolitos estaban arrugados como manojos de varas marrones, y los cólquicos no refulgían ya con sus colores habituales, sino que eran negros como el betún, una mancha extensa de lunares negros sobre la hierba menuda. Una capa de nieve con grandes gotas de agua remoloneaba todavía en la raíz de los retoños y brillaba como el diamante. Con los cabellos caldeados por el céfiro, las jóvenes se dirigieron hacia el extraño calvero y desde lejos divisaron en la capa de nieve salpicada

de negro una criatura rosa, inmóvil, rodeada por un aura de rayos como la de los santos pintados en las iglesias. Era un bebé desnudo, gordito, movía los dedos dormido, envuelto en una delgada membrana de cristal, tan fina como una uña, que centellaba al sol. Las niñas se agacharon alrededor de la aparición. Sus melenas rizadas se pegaban, crujiendo suavemente, al huevo transparente, que habían levantado con delicadeza para poder contemplar mejor al niño dormido. Dieron un respingo, pues, aunque era tan hermoso como solo un renacuajo de tres meses puede serlo, había algo raro en él: el bebé, con cejas y pestañas, con la tierna boquita fruncida, con las tetillas pálidas como dos lentejas y con el pajarito arrugado entre los pliegues de sus muslos, no tenía ni rastro de ombligo. Lo llevaron al pueblo e intentaron sacarlo de su urna de lágrima endurecida, pero ni el herrero, ni el leñador, ni el pope, utilizando todas sus mañas, fueron capaces de atravesar la vejiga; el crío se había despertado ya y había empezado a lloriquear de hambre, agitando las manitas. Llamaron entonces a la bruja del pueblo, una vieja olvidada hacía tiempo que vivía en el hueco de un tilo gigantesco y que se presentó por la noche; sobre su coronilla, como si fuera un cántaro, flotaba una luna enorme, redonda como un icosar de oro. Cogió el huevo con el bebé en su interior, se lo metió debajo de las faldas, lo colocó sobre el vientre y, sujetándolo con ambas manos, como una mujer embarazada, se tendió en el horno.** Al amanecer, en presencia de los ancianos del pueblo, que la contemplaban asombrados, comenzaron los dolores del parto. Gritó y se retorció echando espumarajos

** Se refiere a los grandes hornos de adobe tradicionales, que servían también para caldear las casas.

por la boca, con los ojos fuera de las órbitas, como los caracoles, hasta que aquella falsa barriga empezó a reblandecerse y a aplastarse. Bajo los harapos de la vieja, que olían a hierbas y a raíces, algo parecía moverse. La comadrona sacó al bebé envuelto en una membrana flácida y la cortó con un cuchillo. El crío se cagó encima mientras maullaba como un gato. Lo lavaron, lo enfajaron y lo arrimaron el pecho de una mujer que ya tenía otro crío y que se hizo cargo también de este. Lo bautizaron al amanecer, sumergiéndolo tres veces en la pila para librarlo de Satanás. El chico creció después junto a los demás niños del pueblo y, aparte de la ausencia de ombligo, no se diferenció en nada de estos hasta el día en que, tras las desgracias del año de la mariposa, le tocó en suerte extender su sombra sobre el helado Danubio.

Se contaban unas historias espeluznantes sobre aquellos a los que les habían robado la sombra. En menos de un año se les secaban las piernas, la cabeza y el cuello se les llenaban de bubas, la piel se les agusanaba y las lombrices —blancas con cabeza negra— pululaban por su cuerpo y, cuando morían, los intestinos, como un nido de víboras, salían del vientre y desaparecían en unos agujeros escarabados en el suelo. Su alma llegaba al infierno en el momento mismo de la aparición de la sombra, dejando que su cadáver podrido siguiera deambulando una temporada más bajo el sol. Los diablos lo recibían en un agujero excavado en un peñasco, lo colgaban boca abajo de un poste al rojo vivo, sobre el suelo en llamas, y, en un aire enrojado, en medio de un tufo a azufre más abrasador que el fuego, con unos aullidos más desgarradores que el azufre, con un pánico más ensordecedor que los aullidos, le despedazaban la lengua, le arrancaban los huevos, le reventaban los ojos,

desgarraban su carne y le descuartizaban el hígado, el corazón y las entrañas con sus largas uñas, le introducían por el ano unas lanzas al rojo vivo y todo esto una y otra vez, sin descanso, durante toda la eternidad.

La estola de hilo de oro del pope brillaba tenuemente, como un ascua, bajo el sol púrpura, transparente, sin rayos, de la mañana. Cuatro niños sostenían el gran evangelario, de tapas de una piel tan dura como el hierro, adornadas con plata ennegrecida, abierto por la página en la que cruzan el Mar Rojo, entre paredes de agua, con Moisés al frente, los que habían huido de Egipto. El pope leyó las letras negras y rojas, salmodiando y arrojando incienso, hizo después una señal a los campesinos para que desnudaran a Vasili, el chico elegido. A pesar del frío intenso que hacía que su piel emanara un vaho como el de los caballos, él permaneció tranquilo, sin temblar, sin frotarse con las manos la piel de gallina del pecho, en el que brillaba una crucecita de cobre. Solo conservaba un trapo en torno a las caderas. Se acercó lentamente a la ribera escarpada del río, caminando por los montones de nieve con los pies descalzos, seguido un poco más atrás por los aldeanos. Rodeó los juncos negros, llenos de cuervos quejumbrosos, y de repente su sombra larga y afilada como la aguja negra de un reloj se extendió sobre el hielo. Los aldeanos se arrodillaron y se santiguaron con gestos exagerados, de la frente al ombligo, mientras el pope rogaba al majestuoso dios helado que aceptara la ofrenda y que les dejara pasar al otro lado. El chico abrió los brazos y su sombra, que se dibujaba cerca de la orilla puesto que el río fluía del ocaso al levante, hizo lo mismo. Una cruz larga de un negro rojizo se extendía ahora sobre el espejo del agua. “Toma, toma la sombra”, murmuraban sin cesar los Badislav, y de repente,

ante sus ojos, el espectro de la cruz empezó a devorarse, a secarse como unas manchas húmedas al sol. Tanto el poste más largo como el travesaño de los brazos se consumieron, se hicieron añicos, sorbidos uno tras otro por el río. En unos minutos, Vasili, que estaba pálido, con el vello dorado de los brazos y las piernas en punta, se quedó sin sombra. Entre alaridos y gritos, los demás lo abrazaron y volvieron a vestirlo deprisa, le colocaron sobre los hombros una pelliza de lana de oveja. El niño se subió al trineo, se cubrió con una manta de lana y lloró largo rato por su sombra, perdida para siempre.

Los caballos corrían ahora ligeros y altivos por el hielo transparente como el cristal, pero los Badislav miraban a su alrededor con estupor. Nunca habrían imaginado tanta belleza petrificada bajo la gruesa corteza de hielo. Sin embargo, el jardín del Señor es superior a la mente del hombre, e incontables son sus maravillas. La fila de trineos avanzaba en medio del silencio y el frío sobre el paisaje mágico. A un par de metros bajo el cristal revoloteaban por todas partes, con las alas extendidas, las mariposas. Sus cuerpos delicados y peludos como orugas, rojizos o amarillo-pálidos o negruzcos, medían más de veinte pies y entre los extremos de sus alas desplegadas podías llegar a contar a veces incluso cuarenta pies. Sus patitas, tres en cada parte, finitas, brotaban a ambos lados, y la trompa con la que habían libado la bruma de las flores (pero, ¿dónde podía haber unas flores tan grandes como palacios para semejantes insectos maravillosos?) estaba recogida como el muelle de un reloj bajo su cabeza de ojos grandes, rojizos. En cuanto a las alas, con su azul, con el terciopelo doloroso del púrpura, con los matices y casi el sabor a cereza podrida, a extravagante pistacho, a naranja amarga, con la suavidad de

alfombra persa de sus párpados, con su forma floral y vívida, con sus colas de golondrina, con sus ojos de pavo real, de hurón, de avispa, de mujer infiel, de garduña, las alas superaban en aguas y brillos incluso a los lirios del campo, que ni hilan ni tejen, pero que —según san Mateo— presentan más esplendor que Salomón con toda su pompa. Por todas partes, en toda la extensión del río, en todo lo que abarcaba la vista, las mariposas de colores, con las alas abiertas, a pocos pasos unas de otras, formaban un pavimento embriagador. Las más alejadas se veían pequeñas y borrosas, como una bruma azulada, pero aquellas sobre las cuales avanzaban los trineos parecían un animal fabuloso, una de esas hadas de las que hablaban los ancianos en los velatorios, una cierva nunca antes vista, semejante al avestruz, al basilisco o al unicornio blanco como la leche. Al iluminar sus alas inmóviles, el sol, que se encontraba ya cerca del cenit y que ardía con una llama amarilla, reflejaba sus colores sobre el vientre y los hocicos de los caballos y sobre los rostros de los de los trineos, emborronándolos con añil y dorado y rojo y azafrán, colores selectos y señoriales, más bellos que el eterno carmín de los iconos de sus casas.

La caravana se detuvo para descansar y almorzar precisamente en medio del Danubio. Sacaron un pisto de verduras y aguardiente de albaricoque y se sentaron en cobertores de lana, por grupos, sobre el cristal verdoso. Durante esos tiempos amargos se habían saturado ya de los tarazonas de cerdo que transportaban en las vasijas, conservados al igual que los chicharrones en su propia manteca. El lomo de una mariposa gigante se les mostraba por debajo, a unos pocos pasos bajo el hielo, como el lomo de un delfín entre las olas del mar. “¿Cómo será la carne de mariposa?”, soltó un crío con unos mocos como velones en el labio su-

perior y, animados de repente, los aldeanos empezaron a opinar: que si será como la pechuga de oca, que si como el cuerpo baboso del caracol, que si como el músculo blando y tierno que hay bajo el caparazón de los cangrejos cocidos. Finalmente, a pesar de los esfuerzos del pope por hacerlos recapacitar, estimulados por el aguardiente, unos cuantos aldeanos cogieron los escardillos y las estacas con la punta templada al fuego y empezaron a romper el hielo. Encendieron también hogueras a su alrededor para atraer a la superficie al búfalo alado. Se afanaron unas cuantas horas hasta que pudieron palpar la piel de terciopelo del vientre anillado y reunir en la palma las escamitas de las alas, parecidas a las de las carpas. Y cuando, de repente, un temblor reavivó las antenas de la mariposa y las patas delgadas comenzaron a agitarse, los campesinos segaron con la hoz su cabeza del tamaño de una barrica y la echaron a rodar. Una sangre azulada y espesa salpicó a los verdugos. Luego empezaron a cortar gruesos trozos del espinazo. Su carne era transparente y temblorosa como la gelatina, si bien algo más densa, y despedía un olor dulzón. No la atravesaba hueso alguno, pero una membrana y unos hilos nacarados la sostenían como si estuviera dentro de una red brillante. La pusieron a cocer en cazuelas de barro, sobre trébedes. Comieron todos de ella, a excepción del pope, que presentía en todo esto otra trampa del Diablo. Sin embargo, no sucedió nada extraño: los aldeanos se chupaban los dedos, satisfechos ante aquel sabor extraordinario. Al romper el caparazón de las patas, encontraron en su interior una especie de médula más deliciosa todavía. En la cabeza, que mordisquearon en vano, no encontraron nada más que un puñado de sesos que olían desagradablemente a moho. Con los estómagos así de satisfechos e increíblemente di-

chosos, comenzaron, con las tajaderas, a cortar retales de aquellas alas teñidas en miles de colores que recordaban las velas de los bergantines. Llamaron a sus mujeres y rodearon sus caderas con los paños rasgados. “Ni la zarina tiene una saya así, mujer”, decían ellos riendo, mientras las mujeres, más sensatas, los maldecían y salían corriendo, afirmando que solo las gitanas se pondrían unas ropas tan chillonas. Finalmente, hicieron con ellos mantas para envolverse en los trineos y reanudaron el camino. Atrás quedó la gran mariposa descuartizada, con los nervios de las alas extendidos de par en par como muletas, con las patas amputadas desperdigadas a su alrededor, entre charcos y ceniza de los tallos del maíz.

En el año de gracia de 1845, Vasili y los suyos avanzaban por los caminos nevados de Muntenia. Todo lo que alcanzaba la vista era una campiña plana que giraba a su alrededor y parecía extenderse hasta el fin del mundo. Aquí y allá, pueblos con casas de adobe y tejados de paja lanzaban humo hacia un cielo tan blanco como la nata. Los lugareños eran aviesos y despabilados, solo pensaban en darles gato por liebre, eran más flacos y más morenos que los campesinos de los trineos. Las mujeres, en cambio, eran mucho más guapas, se maquillaban como las mujeres de la ciudad y sabían cómo conseguir unos ojos húmedos y brillantes gracias a una infusión de hierbas. Cuando se detenían en el centro de un pueblo, la caravana, a la que ladraban los perros y rodeaban niños con gorros puntiagudos, se desbarataba. A cambio de una buena suma en mahmudes de cobre, cobijaban a los caballos, libres de los arneses, en los cobertizos de los aldeanos, y los cincuenta búlgaros, después de ir a rezar a la iglesia —eran más opulentas que las suyas, con las cúpulas cubiertas de plomo,

pero peor decoradas y dotadas—, eran invitados a la casa de algún señor, donde bebían țuica caliente, hilaban la lana y contaban chistes. Los dos popes, en un aparte, vaciaban un vasito tras otro intentando comunicarse en la lengua eslava de la pila benditera, y terminaban por entonar a dúo los cánticos e himnos sagrados. Los demás se mezclaban con los valacos, hablando por señas e intercambiando sus aguardientes, riéndose sin saber muy bien de qué, admirándose los unos de las peculiaridades de los otros. A los mozos búlgaros, vigorosos y torpes, de cejas tupidas y rostros mofletudos de un rojo amoratado, se les iban los ojos tras las muntenias esbeltas y maquilladas con tanta pericia como los huevos de Pascua. En más de una ocasión, hacia el amanecer, brillaron las navajas por alguna mirada demasiado atrevida, pero los hombres más sensatos separaban a los mozos y los apaciguaban. A continuación, los Badislav se acostaban sobre sus mantas peludas en algún zaguán, caían en un sueño profundo, envueltos en sus alas de mariposa y protegidos por la candela que arrojaba en la pared una mancha de oro fundido. Reanudaban su camino cuando el día se confundía con la noche y una luz grande, pálida, se extendía sobre el campo. Al cabo de tres días y tres noches encontraron el sitio.

Era el ocaso y había empezado a nevar de nuevo. Los látigos restallaban con desgana y el hocico ardiente de algún que otro caballito resollaba. El pope, sumido en sus pensamientos, pasaba las cuentas de un rosario de ágata. Las piedras rojizas entrechocaban con un ruidito dulce, tembloroso, tanteadas por los dedos de falanges peludas del pope, uno de los cuales era tan solo un muñón. El índice de la mano derecha se le había secado y caído de inmediato en su juventud, cuando, siendo un frailecillo con una

pelusilla por barba, tocó por primera vez el pezón de una mujer, contraviniendo así su juramento de pureza y castidad. Ahora había empezado a picarle el muñón y los granos de ágata lo atemorizaban tanto como lo había hecho la impúdica zarzamora del pecho en otra época. En el momento en que, asustado, empezó a susurrar deprisa los rezos para alejar al Diablo, avistó las ruinas. Brillaban tenues en un campo de color sangre, como el último muñón de una muela en la boca de una vieja. Se detuvieron y, con los faroles en la mano, se bajaron de los trineos ante los muros abandonados, una pared casi entera y otra a medias, que se juntaban en la esquina entre un montón de piedras nevadas. En el interior había santos de barbas hendidas pintados según los cánones sagrados, con el nimbo dorado y amplias vestimentas de pliegues azules, rostros aceitunados y miradas ojerasas. No cabía duda de que en otra época allí había existido una bella y célebre iglesia. Quedaban más de cuarenta santos pintados en las paredes, cada uno de ellos desplegaba un rollo de pergamino con unas letras enrevesadas. Cada uno ocupaba un nicho, separado de los otros por unas líneas gruesas, rojizas. Y, curiosa coincidencia, uno de ellos mostraba, en lugar del dedo índice de la palma izquierda, un muñón pelado idéntico al del pope. Algo así resultaba insólito en una pintura, pues los santos no podían exhibir la falta de un miembro que mermara su perfección. Eran enjutos, por supuesto, pues eso representa la victoria del espíritu sobre la carne, pero era imposible que fueran mancos, cojos o tuertos. Aterrado, bajo la mirada de todos, a la luz de los faroles, el pope tendió la mano y la colocó sobre la mano del santo. En ese mismo instante todos sintieron el temblor y cayeron de rodillas. Nunca sabrían si aquello había sido una sacudida de la tierra o del

interior de sus almas, o todo al mismo tiempo. El hecho es que, en medio del rumor exaltado de los rezos, unos copos de fuego cayeron del cielo y se posaron sobre sus cabezas y, de repente, los hombres, las mujeres y los niños empezaron a profetizar y a hablar en diferentes lenguas, con los ojos abiertos, gritando y desternillándose y llorando de la risa; entretanto, unas paredes de aire brillante crecían desde el suelo y se unían a las paredes que quedaban aún en pie; unas bóvedas de aire se arqueaban sobre las cabezas iluminadas y una torre de aire se elevaba hacia los cielos. Poco a poco, los muros cuajaron, se tornaron de un translúcido lechoso y, a continuación, mates como el marfil, antes de cubrirse finalmente de pinturas magistrales, muy parecidas a las de las paredes en ruinas; estas también se mostraban ahora limpias, en la nueva iglesia no quedaba ni rastro de las primeras. Coros esculpidos en madera, con filigranas y cordones, un iconostasio decorado con iconos y un altar cubierto de piedras preciosas se sumaron al maravilloso conjunto. Mientras tanto, en la falange del pope creció el fantasma de cristal de un dedo, en su interior se moldearon los huesitos, en la punta creció una uña transparente, se formaron las venitas y una piel con finas hebras de vello blanco recubrió todo el dedo. Cuando despegó su mano de la mano pintada, se pudo ver que también al santo le había salido el dedo olvidado.

Fundaron allí, entre los ríos Argeş y Sabar, el pueblo de Tântava; levantaron al principio unas chozas en medio de un lodo curiosamente blando y, en primavera, construyeron las casas, con zaguán y dos habitaciones, agrupadas en torno a la grandiosa iglesia como las ovejas en torno al pastor. Cavaron la tierra de los alrededores en grandes parcelas y sembraron verduras, así que en verano la aldea esta-

ba tan contenta entre sus hortalizas y rodrigones como en su antiguo asentamiento del valle de Ródope. Los primeros Badislav que se trasladaron a Muntenia y que se convirtieron, un cuarto de siglo después, en ciudadanos del reino, iban a vivir, a procrear, a olvidar su lengua y a aprender la de sus vecinos, a extender sus tierras, a beber hasta perder el sentido en la tasca que poco después aparecería en el centro del pueblo, un lugar de culto al Diablo, el hermanito de Dios —como sostenían las creencias más ancestrales—, iban a matarse con los rodrigones de los tomates por alguna mujer, a velar a sus mayores moribundos para que no murieran sin la candela, a mirar al cielo en busca de las nubes de lluvia, sin imaginar siquiera por un instante que, de hecho, no habían levantado sus casas, no habían arado y no habían sembrado sino un retazo del lóbulo parietal derecho de un biznieto, y que toda su existencia y su tenacidad en este mundo era tan pasajera e ilusoria como el fragmento anatómico de la mente que los soñaba.



Autores

▣ Dulce María Zúñiga

Culiacán, Sinaloa, 1961. Doctora en literatura italiana por la Universidad Paul Valéry de Montpellier (Francia). Se ha dedicado al estudio y la docencia de las letras y las lenguas italiana y francesa en la Universidad de Guadalajara. Ha publicado seis libros de investigación en literatura comparada, entre los que se pueden destacar *El tedio, el suicidio y la luna* (Instituto de Cultura Culiacán) y *La novela infinita de Italo Calvino*, (Fonca-Fondo Editorial Tierra Adentro). Además, es autora de múltiples artículos de crítica literaria. Es traductora del francés, italiano y portugués. Entre sus libros traducidos se pueden citar: *El equipaje del viajero* de José Saramago (UNAM, 1993), *Juegos de paciencia* de Carlo Ginzburg y Adriano Prosperi (CULagos, 2020) *Marcovaldo* (Siruela, 2015) y *Un optimista en América* (Siruela, 2021) de Italo Calvino. Actualmente es directora de la División de Estudios de la Cultura de la Universidad de Guadalajara, Coordinadora Académica de la Cátedra Latinoamericana “Julio Cortázar” y directora del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances.

▣ Claudina Domingo

Ciudad de México, 1982. Poeta y narradora. Su libro de poesía *Tránsito* (Conaculta, 2011) ganó el Premio Iberoamericano para Obra Publicada Carlos Pellicer 2012. Con el libro de cuentos *Las enemigas* (Sexto Piso, 2017) fue semifinalista del V

Premio Iberoamericano de Cuento Gabriel García Márquez. Obtuvo la beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte en el período 2018-2021. Ha publicado textos breves en suplementos y revistas como *Este País*, *Revista de la Universidad*, *Letras Libres*, *El Cultural*, *Confabulario* y *Reporte Sexto Piso*. Su novela experimental *La noche en el espejo* (Sexto Piso, 2020) es una autobiografía onírica.

▣ **Adán Meza Álvarez**

La Huerta, Jalisco, 1980. Cursó sus estudios de licenciatura en el Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño, de la Universidad de Guadalajara, la especialidad en Competencias Docentes por la UPN y la Maestría en Tecnología Educativa en el ITESM. Desde 2007 es docente en la Escuela Preparatoria núm. 15. Ha sido presidente de la Academia de Arte, de la Academia de Lengua y Literatura; de 2019 a la fecha es jefe del Departamento de Comunicación y Aprendizaje, y se desempeña como responsable del Programa de Fomento a la Lectura y Expresión Escrita. Ha publicado libros de texto y obras suyas de creación literaria han aparecido en las compilaciones *Mar de Voces. Antología literaria de docentes del SEMS*, de publicación anual.

